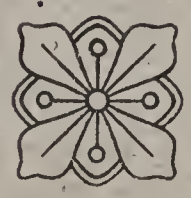
JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

LA VIRTUD SOSPECHOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid, en la noche del 20 de octubre de 1924.



Copyright, 1924, by Jacinto Benavente.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1924

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

LA VIRTUD SOSPECHOSA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

LA VIRTUD SOSPECHOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid, en la noche del 20 de octubre de 1924.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1924

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA, MARQUESA DE LAS TORRES DEL DUERO	SRA. GÁMEZ (MARÍA).
ROSAURA, HIJA DEL CONDE DE SANTA CLARA	SRTA. TAPIAS (JOSEFINA).
FELISA, MARQUESA DE SAN MACARIO	— JIMÉNEZ (BLANCA).
ELENA, HIJA DE EMILIA	SRA. CASTAÑEDA (CONCHA).
ESTEFANÍA	— PÉREZ (PILAR).
D.ª JACOBITA	— ILLESCAS (EUGENIA).
PALMITA	SRTA. CARUANA (ANITA).
MONSITA	— OLMO (ROSARIO DEL).
EL MARQUÉS DE LAS TORRES DEL DUERO	SR. VEDIA (EVARISTO).
EDUARDO	— PEÑA (LUIS).
MANOLO VÉLEZ	— ROMEA (ALBERTO).
EL DOCTOR JAIME SALCEDO	— VALENTÍ (EMILIO).
EL CONDE DE SANTA CLARA	— G. BARRAJÓN (CEFERINO).
GILDO, MARQUÉS DE SAN MACARIO	— ALÁIZ (ALFREDO).
MIGUEL SANTELLO	— RODRÍGUEZ (NICOLÁS).
FERNANDO MONTES	— ORDUÑA (JUAN DE).
CRIADO	— PACHECO (MANUEL).

720687

ACTO PRIMERO

Hall en una villa de una ciudad del Norte de España.

ESCENA I

JAIME, EDUARDO y VÉLEZ. Entra ROSAURA. (Es de noche.)

ROSAURA. ¿Qué es ésto? Yo que pensaba encontrar aquí a todo el mundo. ¡Qué dispersión! ¿Cómo han conseguido ustedes quedarse solos? ¡Felices ustedes! ¡Ya! Han hablado ustedes de cosas serias... *(A Eduardo.)* Tú habrás hablado de la guerra. *(A Jaime.)* Usted, Doctor, de algún nuevo adelanto de la cirugía. *(A Vélez.)* Tú..., no sé de qué hayas podido tú hablar en serio...

VÉLEZ. ¡Ahí tienes! Pues yo he sido el dispersador... Figúrate que teníamos aquí, casi nada..., en primer lugar a tu padre, al que debes respetar... como debe respetarse a un padre.

ROSAURA. Sí, no me digas, mi padre, que cuando no duerme y ronca, no sabe hablar más que de sus antigüedades, y le da a cualquiera un latazo de padre y muy señor mío.

VÉLEZ. Así me gusta..., que hables de tu padre con el respeto debido..., y tengo que seguir hablando mal de la familia..., pero no hay más remedio. Des-

pués de tu padre entra vuestra tía doña Jacobita...

EDUARDO. No hable usted mal de la pobre tía. ¡Es tan buena!

VÉLEZ. Respetemos a vuestra tía. Pero en seguida entra vuestro cuñado *(por Eduardo)* y primo político *(por Rosaura)*, respectivamente..., que... también es de respeto...

EDUARDO. ¡Pobre Gildo! ¡Es un infeliz!

VÉLEZ. ¿Tampoco me permitís decir nada de Gildo? Está bien: basta con enunciarle.

ROSAURA. De la familia no nos vas a decir nada nuevo. No nos interesa.

VÉLEZ. Pues de los que no son de la familia..., Fernando Montes y su hermana Estefanía...

ROSAURA. ¡Lagarto, lagarto! A esos ni se los nombra...

EDUARDO. No habría que nombrarlos si se empezase por no recibirlos.

ROSAURA. De acuerdo, querido primo...

EDUARDO. Y no sé cómo mi padre tolera su presencia en esta casa, sabiendo todo el mundo que ese hombre...

VÉLEZ. Abstente de juicios temerarios. No volvamos a las andadas. Acabas de hacer las paces con tu padre, con la nueva familia... Su segunda esposa y la hija de ésta, que no tiene culpa de nada...; digo las paces, como se hacen ahora las paces, arma al brazo; pero en fin, estáis por lo menos en una especie de Conferencia de las Naciones. No vayamos a deslucirla.

EDUARDO. ¿Pero usted cree, aunque ahora esté aquí por no extremar una situación violenta con mi padre, que yo puedo transigir nunca con esa... señora?

VÉLEZ. Esa señora..., y celebro tu diplomacia al nombrarla así, es hoy la esposa de tu padre... Y aunque sólo fuera por eso, debes respetarla... Ya sabes que yo uso el verbo respetar en su acepción taurómaca. Ganado de respeto, toro de respeto,

quiero decir al que no debe uno acercarse nunca, o lo menos posible...

ROSAURA. Y si mi primo conociera las intenciones de su madrastra...

EDUARDO. ¿En contra mía...?

ROSAURA. No digamos en contra. No pueden ser más diplomáticas ni más pacifistas. Conseguir que del modo más natural del mundo dejes de llamarla madrastra para llamarla mamá política.

EDUARDO. Por medio de...

ROSAURA. De su hija, la interesante Elena, la que, según noticias, durante tu convalecencia en Melilla, te ha escrito unas cartas como para una Antología epistolar... Seguramente la madre mandaba desde allí los borradores...

EDUARDO. No, cartas no...; una sola, muy discreta por cierto.

VÉLEZ. Es que, aparte disgustos de familia y la prevención con que vosotros podáis mirarla, por ser hija de esa señora que se os ha metido de rondón en la familia, Elena es una buena muchacha..., no parece hija de su madre. Y de ésto no puede haber duda. Si la falta de parecido fuera por el lado paterno, habría amplio margen para las suposiciones.

ROSAURA. El Doctor no sabe qué cara poner al oírnos.

JAIME. ¿Yo...? No, señorita; oigo que hablan ustedes de su familia.

ROSAURA. Como para no dar ganas de pertenecer a ella...

JAIME. Eso no. Ya sé, porque Eduardo no tiene secretos para mí, el disgusto que ha sido para él, para todos ustedes, en la familia, la boda de su padre... Pero no dirán ustedes que esta señora no hace todo lo posible por congraciarse con ustedes, particularmente con Eduardo... Cuando cayó herido, ella no dudó en acompañarnos al Marqués y a mí a Melilla, soportando las penalidades del viaje, la incomodidad del alojamiento, y mien-

tras la vida de Eduardo estuvo en peligro y después, en la convalecencia, no puede darse más cariñosa solicitud que la suya. Y todo ello sin alharacas aparatosas, sin exhibición..., todo discreto, de buen gusto, en una palabra.

ROSAURA. No, si ella es muy inteligente, y con inteligencia se imita todo, hasta la bondad. Lo contrario de lo que sucede con los tontos, que, hasta cuando son buenos..., estropean la bondad con su tontería.

JAIME. Por eso, ya que Eduardo no podía por menos de corresponder a esas atenciones que aceptando el ofrecimiento de venir aquí a reponerse por completo, en este sitio encantador, en donde se reunen ustedes toda la familia, sería doloroso que resurgieran los digustos. Todos ustedes deben procurar que el veraneo y la convalecencia de Eduardo transcurran en apacible calma... Un retroceso sería desagradable... y pudiera ser peligroso. Y nos ha costado mucho llegar a lo que hemos llegado para exponernos a ver malogrado tanto trabajo...

EDUARDO. ¿Por qué hablas en plural, si el trabajo y el mérito han sido sólo tuyos, y tuya debe ser también la satisfacción, ya que en tu inteligencia y en tus manos pusieron Dios y mi madre desde el cielo... la salvación de mi vida?

ROSAURA. Por Dios, Eduardo; nada de melodrama... Que a Manolo le asoman dos lagrimitas, que datan, como se dice ahora, dignas del Museo Romántico.

VÉLEZ. No me avergüenzo de ellas, como tú, que también te habrás emocionado...; pero como ahora es de mal tono emocionarse por nada...

ROSAURA. A todo esto no me has acabado de explicar cómo te las has compuesto para la dispersión.

VÉLEZ. Muy sencillo, te recomiendo el procedimiento. Así como para sostener el interés en una reunión no hay como hablar mal de alguien, para disper-

sar una reunión molesta no hay como prodigar alabanzas, elogios y admiraciones. Eso es lo que acababa yo de hacer cuando llegaste; por eso nos has encontrado solos. A tu padre, que, con todos mis respetos, estaba muy pesado con sus antigüedades, le ponderé hasta la exageración las de Villapardo y las de Alminares y la colección de miniaturas de Castrojeriz...; total, que me dejó con la palabra en la boca, medio congestionado... A Fernando Montes le hablé de estas últimas estafas de cajeros y apoderados, personas distinguidísimas...; le ponderé la habilidad de que habían dado pruebas sus autores...; él, sin duda, se sintió ofendido en su amor propio, y también desfiló incontinenti. A su hermana Estefanía le encomié la distinción, el talento y las virtudes de tres o cuatro amigas suyas...; ésa por poco me insulta... A Palmita y Monsita Ramírez de Ramos les dije que tú eras la muchacha más distinguida de Madrid, y como te quieren tanto..., pues lo mismo, mutis acelerado... A tu primo el marqués de San Macario, el buen Gildo, a ése me bastó con hablarle bien del Directorio...; y ya hecho el despejo..., bueno, hecho el despejo, lo natural era que hubiera aparecido por cualquiera de esas puertas Leopoldo Castrojeriz.

EDUARDO. Por Dios, amigo Vélez...

VÉLEZ. Ello es que nos quedamos los tres solitos, y ya a nuestras anchas, pudimos hablar de cosas serias..., por las que es de mal gusto interesarse en sociedad... Eduardo nos habló de Marruecos... El infeliz, que acaba de verter su sangre en aquellas tierras..., tiene la cursilería de creer... que para España es punto de honra corresponder allí a su historia, a esa historia que nos dice, ¡habrá embustera!, cómo supo España en otros tiempos, entre sublimes ideales y bajas codicias, con gloriosos capitanes y pícaros aventureros, mirando

unas veces demasiado al cielo y otras demasiado a la tierra..., con todo eso..., llevar nuestro espíritu, nuestra lengua y nuestra sangre a esa América, que hoy vamos dejando que se llame latina, pero que nunca debe dejar de llamarse española. Y sigue el melodrama, y éste es peor, porque es patriótico, que es el colmo de la *cursilada*. Por fortuna, estamos aquí solos: un soldadito español; un hombre de ciencia y de corazón...; tú, chiquilla..., que no sabes tú misma cómo eres..., como tantas muchachas del día, pero a quien yo creo inteligente y educable, si caes en buenas manos..., y yo..., que no sé tampoco lo que soy ni lo que he sido. Quizá un gran botarate, un fantoche de sociedad; pero cuando más pendón me considero, me basta con evocar interiormente dos palabras: España... madre... (y en las dos incluyo a todo el género femenino) para sentirse capaz de todas las grandezas y de todos los heroísmos...

ESCENA II

DICHOS y EMILIA, MARQUESA DE LAS TORRES DEL DUERO.

EMILIA. Están ustedes así..., con todas las ventanas abiertas de par en par. A estas horas siempre hay mucha humedad, con el mar tan cerca. Para Eduardo no puede ser bueno. ¿No cree usted, Doctor?... *(Ha llamado y salen dos Criados.)* Cierren ustedes las ventanas. *(A Eduardo.)* ¿Cómo te encuentras?

EDUARDO. Como niño mimado. Acostumbrándome mal para cuando vuelva a la vida de campaña.

EMILIA. ¿Pero oye usted, Doctor? ¿Verdad que no debe pensar en eso? Pasarás aquí todo el verano... Eso por de contado. Y después en Madrid todo el invierno, con nosotros... Sería una locura ex-

ponerte otra vez, ya has cumplido con creces. Bien ganado tienes un descanso indefinido.

EDUARDO. Se aviene mal con mi carácter.

EMILIA. Di que se aviene mal... con tu nueva familia... Desfavorable prevención que yo respeto y aun aplaudo. Tu padre puede decirte si cuando él más se dolía de lo que él llamaba ingratitud, no era yo la primera en decirle que tu conducta era la más natural en un hijo que siente veneración por la memoria de su madre y juzga como una ofensa a sus sentimientos que otra mujer pueda..., no diré substituirla ni reemplazarla..., ocupar su sitio.

EDUARDO. Yo agradezco esa justa estimación de mis sentimientos.

EMILIA. Yo sólo pido, en cambio, un poco de simpatía para apreciar mis buenos deseos de hacerme perdonar mi elevación, que para mí, confieso que lo ha sido, pertenecer a vuestra familia.

VÉLEZ. *(A Rosaura.)* Bien parlado. ¿Hay o no hay genio diplomático?

ROSAURA. A pesar de ello, creo que Eduardo no capitula...

EMILIA. Y ¿has convencido al Doctor de que no puede dejarnos tan pronto como él quiere? Eduardo necesita también de su asistencia, y ni su padre ni yo estaremos tranquilos si no está usted a su lado. Temo que se fastidie usted un poco en esta vida nuestra de sociedad, que a primera vista parece más frívola de lo que es en efecto. Yo me explico esa apariencia que tanto engaña al conocer superficialmente la vida de sociedad, por el tono medio, que es lo que sobresale en ella. Tono buscado justamente para no desentonar unos de otros. El desentono asusta, los desentonos han de ser geniales, y las genialidades en Arte son sublimes; en sociedad son siempre plebeyas...

ROSAURA. *(A Vélez.)* Habla de nuestra sociedad con un aplomo como si hubiera nacido en ella.

VÉLEZ. ¿Qué quieres? Hay quien nace aristócrata y hay quien nace para aristócrata. Todo tiene su mérito.

ROSAURA. No, si yo no participo de la opinión de mi familia. A mí esta mujer me parece admirable, como todo el que llega adonde se propone. Te aseguro que no siento por ella la menor antipatía, al contrario. Sólo deseo una ocasión en que poder demostrarla mi adhesión incondicional...

EMILIA. *(A Jaime.)* Pero también es presunción la mía, aleccionar a usted. A un espíritu tan observador y tan perspicaz como el de usted. ¿Qué podré yo decirle que usted no tenga ya anotado?

JAIME. No lo crea usted. Soy un pésimo observador. Curioso, sí; curioso de todo; optimista por disposición natural de mi espíritu, predispuesto a pensar siempre bien de todo el mundo.

EMILIA. No sabe usted cuánto me tranquiliza esa buena disposición de usted. Así debe ser. De nadie debe juzgarse por las apariencias. Yo creo que el mayor criminal hallaría indulgencia en el juez más severo, si fuera posible, antes de juzgarle, que el juez viviera por unos días la vida del que ha de ser juzgado. Doctor, yo no necesito encarecer a usted la estimación en que le tengo, desde que nos encontramos en días de angustia, compartida, que no olvidaremos nunca. Yo sé que a usted debe Eduardo la vida. Yo debo a usted la mayor satisfacción de mi vida: ver a Eduardo en casa de su padre, que hoy es también mi casa. Yo confío en que usted será buen amigo mío. Bien necesitada estoy de ellos en este ambiente de hostilidad que me rodea y me amenaza... Ayúdeme usted a disiparlo, por lo menos en lo que a Eduardo se refiere. Es usted su mejor amigo. Sobre mí pesa la sombra de un pasado... ¿Cómo le diría yo a usted?... Lo más justo sería decir... trabajoso. Por eso, al llegar hoy a lo que he llegado, cuando muchos, todos quizá, juzgarán que

fué por intrigas y malas artes..., yo, en el fondo de mi conciencia, mirando frente a frente todo lo pasado..., sólo sé dar gracias a Dios, que es justo y misericordioso, y si sabe recompensar a los buenos, alguna vez también sabe recompensar a los que, sin ser buenos, no han sido todo lo malos que pudieran ser por todo lo que hallaron siempre a su alrededor en la vida... Y perdone usted que le haya separado de sus amigos... Rosaura, Eduardo, Vélez, acérquense ustedes. Ha terminado nuestro secreteo y estoy muy contenta, porque el Doctor es un confesor admirable...

ROSAURA. ¿Absuelve usted siempre? Porque yo también quisiera confesarme con usted.

EDUARDO. Van a ponerte de moda como confesor.

VÉLEZ. Y si en la cura de almas es usted también cirujano eminente, en donde operar no ha de faltarle...

EDUARDO. Y Jaime que opera con tanta seguridad lo más cerca posible del corazón... Así me operó a mí. Nadie creía que pudiera salvarme. Figúrense ustedes...

JAIME. Deja... Ya se lo has explicado muchas veces y lo explicas muy mal. La operación no fué tan difícil ni tan extraordinaria. Hoy esas operaciones las hace cualquiera.

ROSAURA. Pues en esa seguridad, si alguna vez, no quiera Dios, tenemos que recurrir a cualquiera..., como usted dice, acudiremos a usted, considerándole así..., cualquiera... ¿Le parece a usted bien?

ESCENA III

DICHOS, FELISA, el MARQUÉS DE LAS TORRES y GILDO, MARQUÉS DE SAN MACARIO.

MARQUÉS. Emilia, hay mucha gente que quiere despedirse. Viene un nubladillo, y los que viven lejos temen que les sorprenda un aguacero por esos caminos.

GILDO. Nosotros también os dejamos. Hemos traído el auto chico y no tengo confianza ninguna en él... Al venir hemos tenido cinco averías.

EMILIA. Recordarás a Felisa que tiene más cosas en que pensar, que el sábado os esperamos a almorzar...

GILDO. ¿El sábado? Felisa..., ¿no tenemos algo para el sábado?...

FELISA. ¿El sábado? Imposible. Hemos quedado en ir con Lola y Matilde... creo que a Zarauz, para recoger a Pancho Montilla para ir juntos a Biarritz a almorzar con los de Muñedo, que vendrán de San Juan de Luz con los de Casanueva, que ya han vuelto de Suiza, y se embarcan el veinticuatro para Buenos Aires.

MARQUÉS. ¡Qué trajín!

VÉLEZ. Si es que ahora el veraneo es como jugar a las cuatro esquinas. No se está en ninguna parte, se corre de una parte a otra.

EMILIA. Entonces vosotros diréis qué día os esperamos.

FELISA. No sé, no sabemos. Depende de mil combinaciones. Ya vendremos sin avisar cualquier día... Gildo también tiene que ir a Hendaya para una reunión política.

VÉLEZ. ¿Pero todavía hay esas cosas?

GILDO. ¿Creerá usted que estamos enterrados?

VÉLEZ. No, ya sé que retoñarán ustedes. Los políticos son ustedes como los trajes: los desecha uno por deslucidos; una temporada en el armario, y cuando va uno a ver, como nuevos.

FELISA. (*A Rosaura.*) ¿No te animas a venir con nosotros? Mañana espero mucha gente. Tendremos un pianista polaco, que todavía no ha tocado en ninguna parte, y da recitales de música ultramoderna muy interesantes. También tengo a un hombre, también muy interesante, un angloindio, que hace experimentos muy curiosos de sugestión y adivinaciones sorprendentes. A ti que te interesa tanto todo eso, ¿No te decides?

ROSAURA. No, no quiero encontrarme en tu casa con Carmelina Santoja, que ahora le ha dado por estar celosa de su marido, y porque el otro día nos fuimos solas con él, en uno de sus balandros, Pilar Castuero y yo, sé que anda diciendo por ahí muchas impertinencias.

FELISA. Ya sabes que está algo neurasténica. Nadie la hace caso.

ROSAURA. Es que ya empieza a ser fastidioso que a todas les ha dado por tener celos de mí. ¿Qué culpa tengo yo de que a los novios y a los maridos les divierta más hablar conmigo? Como yo no los aburro con tonterías... Así es que he decidido ir a los menos sitios posibles. Además, este año me aburro aquí menos que de costumbre.

FELISA. No lo comprendo, porque esto es un opio, como dicen los argentinos. Y esta casa, con la intrusión de la nueva familia... ¿Has visto nada más enigmático que la niña de esta señora?

ROSAURA. ¿Elenita? Si te digo que apenas he hablado con ellos dos palabras... La pobre está como acobardada.

FELISA. Aseguran que la mamá tiene proyectos..., como todos los grandes usurpadores pretenden hacer hereditaria la usurpación. No creo que mi hermano sea tan tonto como mi padre.

ROSAURA. ¿Quién sabe?

FELISA. No, por Dios: no pienses siquiera en la posibilidad. Sería demasiado, la madre y la hija, con el

aditamento de sus relaciones, que también tenemos que soportar. Ese Montes y su hermana..., que si fuera uno a creer todo lo que se dice de ellos...

ROSAURA. Sí, son de cuidado.

FELISA. Yo no sé cómo mi padre ha podido caer en esta caverna. Con la historia de esta mujer...

ROSAURA. Y un poco de leyenda; seamos justos.

FELISA. No sé por qué me parece que estás muy de su parte. ¿Es que a ti también te ha seducido?

ROSAURA. No; es que si esto había de ocurrir en la familia, doy gracias a Dios de que no haya sido a mi padre a quien se le haya ocurrido...

FELISA. ¡Qué graciosa! Como si tú no fueras de la familia. Siempre has de hablar sin juicio.

ROSAURA. Mira, Felisa, en cuestión de juicio, yo sólo creo en el juicio final, el del mundo y el de las personas... Mientras se vive, lo más prudente es abstenerse de juzgarnos unos a otros... Con vernos vivir... basta.

GILDO. ¿Nos vamos, hijita? Hay que contar con otras cinco averías para la vuelta. A las dos de la mañana en casa.

EMILIA. ¿De modo que no os esperamos el sábado?

FELISA. No, imposible... Ya, ya vendremos. Adiós, Eduardo. ¿Sin acostar todavía un convaleciente? El Doctor es muy tolerante contigo... ¿Cómo le encuentra usted, Doctor...?

JAIME. No puede estar mejor.

FELISA. Un milagro, un verdadero milagro...

GILDO. ¿Pasarás aquí todo el verano?

EDUARDO. No sé..., allá veremos...

EMILIA. Todo el verano, y en Madrid el invierno con nosotros. No hay que pensar otra cosa...

GILDO. Adiós, Eduardo; Doctor, tantísimo gusto. *(Salen Emilia, Felisa y los dos Marqueses. Entran por otra puerta Palmita, Monsita y Miguel Santello.)*

ESCENA IV

ROSAURA, PALMITA, MONSITA, VÉLEZ, EDUARDO, JAIME y MIGUEL.

PALMITA. Aquí está Rosaura.

MONSITA. ¡Gracias a Dios!

PALMITA. ¿Es que huyes de la gente?

ROSAURA. Ya veis que no estoy sola.

PALMITA. Venimos a que dejes a Miguel por embustero.

ROSAURA. ¿Pero le creéis capaz de inventar una mentira?

MIGUEL. No quieren creer que ayer al terminar el partido de *tennis,* y al felicitarme por nuestro triunfo...

ROSAURA. ¿Te dí un beso? Pues es verdad. Claro que en la frente. Por cierto que sonó a hueco...

MIGUEL. ¿Lo creéis ahora?

PALMITA. Sí; ya no nos cabe duda.

ROSAURA. ¿Pero es que él lo ha dado importancia?, porque yo no le di ninguna... Había jugado maravillosamente, eso sí.

MIGUEL. Era cuestión de honor nacional. Teníamos de contrarios a los Clarckson, que se consideran invencibles, y los dejamos chafados, y eso que Rosaura estuvo al principio..., qué sé yo..., muy displicente.

ROSAURA. No estaba en nervios. Yo sólo juego bien a fuerza de nervios. A la mitad del partido observé un gestecillo impertinente y desdeñoso de los Clarckson.

MIGUEL. Y nunca ha jugado mejor. Yo al verla crecerse de aquella manera, sin modestia, estuve hecho un bárbaro.

ROSAURA. Al terminar, los Clarckson se dignaron decirnos: No creíamos nunca que en España se jugase tan seriamente.

MIGUEL. Y entonces la joven Clarckson me estampó un sonoro beso en la cara..., y el joven Clarckson otro no menos sonoro en la mano de Rosaura...

ROSAURA. Y yo le planté a Miguelito otro no menos sonoro en la frente... Era también cuestión de honor nacional. ¿Es que os habéis escandalizado?

PALMITA. No, eso no; explicado así...

ROSAURA. Naturalmente. Yo no hago nunca nada que no pueda explicarse. ¿Podíais vosotras explicarme lo mismo?...

MONSITA. ¿Qué?

PALMITA. ¿Nosotras?

ROSAURA. Nada. Las lecciónes de natación con el joven Clarckson...

PALMITA. No digas, porque eso sí que puede verlo todo el mundo, y nadie ha tenido que decir nada.

ROSAURA. No, si acaso Neptuno y sus nereidas, porque os dais cada zambullida.

MIGUEL. Es que aprenden también el salvamento de náufragos.

EDUARDO. *(A Jaime.)* Presumo lo que piensas al oír a estas muchachas... tan desconcertantes...

JAIME. Eso sí... Desconcertantes... ¡Lástima de juventud!

VÉLEZ. ¡Por Dios, señores! ¡No incurran ustedes en esa vulgaridad! ¡Qué juventud ésta! ¡Qué tiempos éstos! Parecen ustedes los viejos. A mí, que lo soy de verdad, me parece encantadora esta juventud y estos tiempos inmejorables. Lo que ahora sucede es que se ha invertido la hipocresía. En mis tiempos se procuraba parecer mejor de lo que se era; ahora se tiene a gala parecer peor de lo que se es. Hipocresía por hipocresía, prefiero ésta.

EDUARDO. Ya sé que hablas así por una coquetería tuya, por no parecerte a esos otros viejos que encuentran detestable todo lo que no es de sus tiempos. Pero, aunque sintieras lo que dices, tú hablas como espectador, que se divierte con el espectáculo; pero si alguna de estas muchachas fuera hija tuya o de tu familia...

VÉLEZ. ¿Lo dices por tu prima Rosaura? Ante ella sólo

deploro una cosa: no ser joven... como vosotros... Porque tu prima tiene para mí el mayor atractivo que puede tener una mujer..., ser una incógnita...; una incógnita que sólo el amor puede despejar...; a mí me emboba... y a ti también... y al Doctor..., a quien, como ella se lo propusiera, le haría perder la seriedad de hombre de ciencia, le volvería el juicio...; y si no..., Rosaura..., un momento...

JAIME. ¿Qué se propone usted?

VÉLEZ. Nada, nada.

ROSAURA. ¿Qué quieres?

VÉLEZ. Aquí... *(Señalando a Jaime y Eduardo)*, como decimos los castizos y algunos senadores, me preguntan qué opino de la juventud del día..., y como en esa juventud entras tú..., qué opino de ti.

ROSAURA. ¿Informes? Cuando es tan fácil enterarse por uno mismo.

JAIME. Pero este Vélez... No haga usted caso, Rosaura. Yo no he preguntado nada. Y de usted no me atrevería nunca a juzgar.

ROSAURA. ¿Por miedo a equivocarse?

JAIME. Tal vez...

ROSAURA. No juzgue usted nunca de ligero y estará usted seguro de no equivocarse.

EDUARDO. Contestaré yo por mi amigo, que no se creerá con bastante confianza para decirte lo que piensa... ¿Cómo no ha de juzgarse de ligero a quien de ligero procede y de ligero habla?

ROSAURA. ¿No sabes lo que de San Francisco dijo un santo varón que escribió la primera historia del Santo? Entre los pecadores parecía uno de ellos. Yo también, como el santo, sé hablar a cada uno su lenguaje, a riesgo de parecer pecadora entre los pecadores, insubstancial entre los insubstanciales. *(Vuelve con Palmita, Monsita y Miguel.)*

VÉLEZ. ¿Qué le decía yo a usted? Ya no sabe usted qué pensar.

JAIME. La verdad... ¿Usted cree que ninguna de estas muchachas puede hacer feliz a un hombre?

EDUARDO. No, yo no lo creo.

VÉLEZ. Si plantean ustedes el problema de ese modo egoísta... Dice usted: ¿Usted cree que una muchacha de éstas puede hacer feliz a un hombre?... Por qué no preguntar: ¿usted cree que un hombre, un verdadero hombre, no es capaz de educar para esposa que puede hacerle feliz a una de estas muchachas... a quien nadie ha educado?... *Ecco il problema.*

MIGUEL. ¿De modo que para cuándo la revancha a los Clarckson?

ROSAURA. Si te parece nos haremos los locos. ¡Hemos quedado tan bien! ¿Para qué vamos a estropearlo? Pondremos cualquier pretexto... Que se vayan con la ilusión de que en España se juega muy seriamente.

PALMITA. Nosotros jugamos el viernes: una novillada de Tetuán, como dice Polín; malos aficionados.

MIGUEL. No, pues de Monsita no digo, porque juega sin afición; pero tú prometes mucho, prometes.

PALMITA. ¿De veras? No sabes qué alegría me das, porque es toda mi ilusión ser algo en el *tennis*.

ESCENA V

DICHOS, ESTEFANÍA, ELENA, DOÑA JACOBITA y MONTES.

ESTEFANÍA. ¿No está con ustedes la Marquesa?

ROSAURA. ¿Mi tía política o mi prima efectiva? Aunque supongo que usted buscará a la dueña de la casa.

ESTEFANÍA. Sí, ciertamente, a Emilia. A la Marquesa de San Macario, a su prima de usted, apenas si tengo el gusto de conocerla. *(A Elena.)* No es posible hablar con tu madre esta noche.

ELENA. Yo creí que estaría aquí.

ROSAURA. Ha ido a despedir a mis primos y a otra gente... Supongo que vendrá en seguida. *(A doña Jacobita.)* Y mi padre, ¿se ha acostado ya?

D.ª JACOB. Definitivamente, no. Pero duerme en la terraza delante del telescopio; parece que está en éxtasis mirando a la Luna.

VÉLEZ. A ver si se le antoja también esa antigüedad.

ROSAURA. No; con papá no hay peligro de que se le antoje nada. Todas sus aficiones son del más barato platonismo. Gracias a eso no nos hemos arruinado. Pero papá nunca compra una antigüedad; se contenta con visitarlas. Un día dice: Voy a ver la consola Luis XVI a casa de Paco. Paco es algún chamarilero de su confianza. Otro día: Voy a ver las porcelanas de Teodoro..., que yo no sé cómo Paco y Teodoro y los demás soportan a un parroquiano tan improductivo.

VÉLEZ. Da tono a la casa. Sentado tu padre en un sillón Renacimiento decora el sillón y la tienda. Figúrate que llega un extranjero, y el anticuario puede decirle: «También tengo aquí un conde auténtico...» Pero ¿te parece que vayamos a despertarle y de paso toquemos retreta?..., porque esto de venir a reponerse del invierno de Madrid y hacer aquí la misma vida...

ROSAURA. Sí, vamos.

JAIME. Vamos con ustedes. Dice usted bien, ya es hora de retirarse.

EDUARDO. Cuando ustedes quieran... Aunque no tengo ni pizca de sueño.

ROSAURA. ¿Te quedas, Jacobita?

D.ª JACOB. Sí, tengo que acompañar a Palmita y Monsita que han venido solas, y aunque su villa está cerca, no es cosa de que vayan solas con Miguelito o cualquier otro muchacho...

ROSAURA. Sí, no las dejes solas... Os advierto que tía Jacobita, como carabina es un modelo; en vez de ir a retaguardia, como todas, como se conserva tan

bien y anda tan ligera, va siempre delante. Así no ve nada de lo que pueda ocurrir a su espalda... Hasta mañana todos...

PALMITA. ¿Qué haces mañana?

ROSAURA. ¿Qué pregunta? Lo mismo que hoy: playa, almuerzo, aburrimiento, terraza del Náutico, te, chismorreo, aburrimiento..., comida, gente aquí o en cualquier otra casa, cuatro vestidos, preguntar cuarenta veces y oír que se lo preguntan a uno: ¿Qué hacen ustedes hoy? ¿Qué haremos mañana? ¿Dónde vais? ¿Dónde nos vemos? Y pobre del que no se deje ver en dos días y no deje dicho adónde ha ido, porque lo menos que harán será complicarle en el último crimen o en algunas niñas desaparecidas...

MONSITA. Esta Rosaura siempre tan ocurrente.

PALMITA. ¡Tan original!

ROSAURA. ¿Recuerda usted, Doctor, lo de San Francisco? Entre los pecadores, etc. Buenas noches a todos, buenas noches. *(Salen Rosaura, Eduardo, Jaime y Vélez.)*

ESCENA VI

ESTEFANÍA, DOÑA JACOBITA, PALMITA, MONSITA, MONTES, MIGUEL y ELENA.

ESTEFANÍA. *(A Elena.)* Ni se ha dignado mirarnos al despedirse. Ya habrás visto lo que es esta gente. Y lo que es tu nueva primita, esta Rosaura, la muchacha más atrayente, como dicen ahora, de las que figuran en sociedad... Una chiquilla mal educada, que se atreve a todo, porque sabe que todo ha de caer en gracia; la gracia de ser hija única, con los millones que heredó de su madre, los que heredará de su padre, que el mejor día se queda dormido y no se despierta, y los que ha

de heredar también de esta doña Jacobita, tía suya, que tiene predilección por ella... ¡Cómo no ha de ser distinguidísima y graciosísima!.. No digamos su prima, la de San Macario, que mira a todo el mundo por encima del hombro, como si no supiéramos todos a qué debió su marido ser ministro cuarenta y ocho horas. Y éstas son las que no perdonan nada a los que no somos de los suyos. Entre ellos todo está bien, todo se sabe, todo se comenta, pero nadie pierde nada por eso... En cambio, con los que no somos de los suyos..., implacables...

ELENA. Sí, ya lo veo. Nunca nos perdonarán. No sabiendo ya qué decir, suponen que mi madre pretende que Eduardo, el heredero del título, se case conmigo... Le aseguro a usted que mi madre no me ha dicho nada que indique semejante propósito, ni creo que lo haya pensado... Pero yo..., sólo con pensar que él puede creerlo..., ni me atrevo a dirigirle la palabra, ni a presentarme delante de él.

ESTEFANÍA. Pues si por esos enredos de la gente empezáis por huir el uno del otro, claro está que se quedará sin conocerte y sin saber lo que vales.

ELENA. ¿Lo que yo valgo? ¡Qué soy yo para él!

ESTEFANÍA. Ya quisieran estas señoritas de su familia estar educadas como tú, como te ha educado tu madre, sacrificándose por tu educación a no tenerte nunca a su lado. Pero a Eduardo, el futuro Marqués, acabarán casándole con su prima Rosaura, que le pondrá en ridículo, pero todo se quedará en casa. A ella le gusta flirtear con todos, y su predilección es por los casados. Cuando se case puede que le parezcan mejor los solteros.

LENA. No quiero oír nada... Todo me asusta... Tengo miedo de todo...

STEFANÍA. Pues eso no; no hay que amilanarse. Tú vales mucho y puedes aspirar a una posición brillantí-

sima en sociedad; ya que has entrado en ella, procura colocarte bien... Tendrás que luchar..., pero eso es la vida... Todos hemos luchado... Pero la lucha fortalece y afianza...

PALMITA. Bueno, Jacobita, cuando usted quiera, si ha de acompañarnos.

D.ª JACOB. Sí, hijas mías. Me contaba este amigo..., usted perdone, ¿su nombre de usted? ¡Tengo tan mala memoria para los nombres!

MONTES. Y me conoce usted de tan poco tiempo...

D.ª JACOB. No, de nombre le conocía a usted mucho. Ha sonado tanto su nombre de usted...

MONTES. ¿Mi nombre? Tengo muchas y buenas relaciones; entre ellas, tal vez...

D.ª JACOB. ¿No ha figurado usted mucho en política?

MONTES. No, señora, nunca.

D.ª JACOB. Pues yo he oído hablar mucho de usted, no me cabe duda.

MONTES. Sin duda, en esta casa, a su familia... Soy antiguo amigo de la Marquesa...

D.ª JACOB. *(Muy seca.)* ¡Ah! Sí, es verdad. Eso ha sido..., usted perdone... Cuando queráis..., andando...

PALMITA. Monsita, Miguelito... Vamos... No, Jacobita, no nos defraude usted... Usted delante. Ya sabe usted lo que ha dicho Rosaura.

D.ª JACOB. Si haces caso de lo que diga esa loquilla... *(Salen doña Jacobita, Palmita, Monsita y Miguel.)*

ESCENA VII

ELENA, ESTEFANÍA y MONTES.

ESTEFANÍA. ¡También sin saludar! *(A Montes.)* Todavía no he podido hablar con Emilia.

MONTES. Es tarde.

ESTEFANÍA. Espera un momento. *(A Elena.)* ¿Quieres hacer el favor de llamar a tu madre? Y si la encuentras

sola, será mejor. Esta gente está siempre al acecho.

ELENA. Por eso... Si tiene usted que hablar con mi madre de algo importante, será mejor en otra ocasión... Aquí, como usted dice, todos escuchan; hasta los criados son enemigos nuestros... La doncella de su confianza que trajo mi madre tuvo que despedirse porque los demás criados le hacían la vida imposible... Estamos solas, a merced de la mala intención de todos... No extrañe usted que mi madre no les atienda a ustedes como ella desearía, seguramente.

ESTEFANÍA. Ya nos hacemos cargo de que ahora no es lo mismo que antes. Pero una cosa es desatender y otra desentenderse. Llama a tu madre, haz el favor.

ELENA. Como usted quiera. *(Sale.)*

ESCENA VIII

ESTEFANÍA, MONTES y después EMILIA.

ESTEFANÍA. Ya has oído a Elenita.

MONTES. Sí; comprenderás que es lección aprendida.

ESTEFANÍA. Por lo visto se quiere alejarnos. Ya se llegó; todo lo que pueda recordar lo pasado, molesta, estorba.

MONTES. Es natural.

ESTEFANÍA. Sí, es natural; pero no podrá ser. ¿No piensas tú lo mismo? Que no puede ser.

MONTES. Por ahora no. De Emilia depende que eso sea posible. Yo no tengo interés en perturbar su nueva existencia.

ESTEFANÍA. Que a nadie tiene que agradecer más que a nosotros.

MONTES. Eso sí.

ESTEFANÍA. Si hubiéramos querido, con toda la ceguedad del

Marqués, este matrimonio no hubiera sido posible...; no creo que Emilia se olvide tan pronto... Aquí viene. Es mejor que me dejes con ella.

MONTES. Sí, mejor es... En la terraza espero. *(Sale. Entra Emilia.)*

EMILIA. Me ha dicho Elena que deseaba usted verme.

ESTEFANÍA. No quería marcharme sin despedirme... Estará usted muy satisfecha. Toda la familia en su casa, y al parecer, todos contentos. Así debe ser. Usted tiene medios sobrados para atraerlos a todos y congraciarse con ellos. Y si consigue usted que Elenita, en este medio social, consiga colocarse ventajosamente... Con el heredero, por ejemplo... ¿Por qué no? Elena es una muchacha encantadora por todos conceptos...

EMILIA. ¡Pobre hija mía! Verla a ella dichosa sería la única compensación de mi vida... ¡Mi vida! Nunca se acaba de luchar. Cuando se cree haber conseguido un descanso, un poco de tranquilidad, pronto se advierte que no ha terminado la lucha, no terminará nunca. La vida sigue, sigue siempre. Nunca se empieza una nueva vida. Los días van eslabonados unos a otros; los más lejanos pesan sobre el día presente y pesarán también sobre los venideros.

ESTEFANÍA. La veo a usted muy acobardada. Usted que ha sido siempre tan valiente. Ahora que ha conseguido usted...

EMILIA. Sí, lo que yo no podía soñar, lo confieso. Quizá por eso mismo me acobarde más la idea de perderlo todo, de volver a empezar. Y ahora no sería yo sola; está mi hija conmigo, que es ya una mujer...

ESTEFANÍA. ¡Por Dios, Emilia, la desconozco a usted! Yo pensaba que hoy era para usted un día glorioso, y la hallo tan abatida... Justamente cuando necesitaba de usted... Veo que no es momento oportuno. ¿Podré verla a usted mañana?

EMILIA. Sí, mañana será mejor... Y no aquí.

ESTEFANÍA. En casa tampoco. Aunque mañana no estará mi hermano en todo el día, pero eso a la gente no le consta. En la terraza del Club Náutico, a la hora del baño... Allí podremos hablar... No es cosa de importancia.

EMILIA. Deseo que así sea, porque yo, aunque ustedes crean otra cosa, no dispongo de nada.

ESTEFANÍA. ¡Por Dios, no se prevenga usted tan pronto! Ya he dicho qne no es cosa de importancia... Mañana hablaremos. Despídame usted del Marqués... Hasta mañana. *(Sale.)*

ESCENA IX

EMILIA queda sola un momento, muy preocupada. Después el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS. ¿Despedías a alguien?

EMILIA. Sí... ¿Queda alguien arriba?

MARQUÉS. No. Los invitados se fueron todos. Los huéspedes ya se han acostado todos menos el Doctor y Vélez, que pasean y fuman por la terraza, delante de su cuarto. Vélez, como siempre, impertérrito trasnochador... ¿Estás contenta?

EMILIA. Sí. ¿Cómo no estarlo?

MARQUÉS. Yo también. Ya has visto mis hijos cómo no han tardado en hacerse cargo de que no tenían razón para sostenerse en una actitud violenta, desagradable para todos... No era suya toda la culpa, oían a unos y a otros, gente malintencionada, que se complace en desunir familias... Pero bien está lo que bien acaba... Eduardo no ha podido estar más gentil... Es un buen muchacho Eduardo. Estoy orgulloso de él... Su hermana Felisa no ha estado tan expresiva, pero es que ella es así..., es su carácter. No lo tomes a mal... Lo mis-

mo es conmigo, con su marido, con sus hijos..., es su carácter... En cuanto a mi hermana, la pobre Jacobita..., ésa... es un ángel de Dios... Si alguna vez dice algo desagradable es por distracción... Ésa no es de este mundo, como yo le digo... A mi cuñado y a su hija Rosaura no hay que tomarles nada en cuenta. Él vive..., la Luna está demasiado cerca, en el planeta más remoto, y su hija... es un encanto de muchacha, pero un poco desbaratada...; yo la quiero mucho; me divierte tanto con sus ocurrencias..., tan oportuna, tan graciosa... Lo principal es que tú estés contenta..., y debes estarlo. Que se disipen recelos y desconfianzas, que vivamos todos unidos, como debe vivirse en familia. ¡Señor, si las familias no están unidas!... Yo estoy muy contento. Y si Dios nos da vida y salud y no quiere Dios que haya trastornos sociales ni políticos, y puede uno conservar lo que tiene, aunque en estos tiempos calamitosos no hay nada seguro..., pero no querrá Dios, no querrá Dios, para cuatro días que le quedan a uno de vida, que no los pase uno con tranquilidad... ¡Tranquilidad, Señor! Yo no pido otra cosa... No hay nada en el mundo como la tranquilidad... Lo malo es que no depende sólo de uno... Ya se pueden acostar los criados, ¿verdad? También nosotros... *(Emilia llama y sale un Criado.)*

EMILIA. Apaguen ustedes y pueden acostarse.

CRIADO. ¿Manda vuecencia algo más?

EMILIA. Nada más. Buenas noches. *(Salen Emilia y el Marqués, y el Criado, después de apagar las luces. La escena queda sola un momento.)*

ESCENA X

ROSAURA, en deshabillé de noche, trayendo de la mano a VÉLEZ, vestido con un pijama.

VÉLEZ. Pero muchacha... Cualquiera que nos vea... a estas horas... No te rías, que pueden oírte...

ROSAURA. ¿Pero qué iban a creer viéndome contigo? Tengo que hablarte... No era cosa de que yo fuera a tu cuarto ni de que tú vinieras al mío... Estamos en terreno neutral...

VÉLEZ. Encenderemos siquiera...

ROSAURA. No, basta con la luz de la luna... Desde la puerta de mi cuarto, entornada, les atisbaba a ustedes..., al Doctorcito y a ti... He oído todo lo que hablabais... Esperé a que él se retirase..., y cuando tú te disponías a hacer lo mismo...

VÉLEZ. Me diste un susto como para mí sólo... Veo un fantasma blanco que me hace señas, que me sigue, que me coge de un brazo... No te rías, muchacha... Y vamos a ver, ¿qué has sorprendido en tu espionaje? Pues sí que puede uno estar seguro... Si hubiéramos hablado mal de ti... o de tu familia... Y eso que de la familia..., peor de lo que tú hablas... O hubiéramos dicho alguna atrocidad de esas que se dicen entre hombres solos... A bien que sólo hemos hablado de Astronomía...

ROSAURA. Y un poco de mí...

VÉLEZ. Como de un lucerito más...

ROSAURA. Pues bueno han puesto ustedes al lucerito.

VÉLEZ. ¿Qué has oído?...

ROSAURA. Ese Doctor es muy antipático..., y tú también...

VÉLEZ. Por supuesto...

ROSAURA. Pero ¿es que yo le he interesado?

VÉLEZ. Ya lo creo, y él a ti...

ROSAURA. No sé en qué lo has conocido.

VÉLEZ. En nada... Pues mira..., ese sería el hombre para ti, el que tú necesitas; un hombre que supiera apreciar todo lo bueno que hay en ti y no sale a la superficie, que es deplorable, Rosaurita, deplorable. Lo que yo digo, la hipocresía a la inversa: ser buenos y parecer malos...

ROSAURA. ¿Yo parezco mala?

VÉLEZ. No, mala, lo que se dice mala... Pero al que no te quiera como yo te quiero y no te conozca como yo creo conocerte..., al que te juzgue sólo por lo que aparentas..., la verdad, asustas... Y luego, tus amigas, la gente que te rodea, que tanto se divierte oyéndote, con tanto ponderar tus gracias, con exagerarlas, con atribuirte las que tú no dices, o repetir fuera de ocasión las que tú has dicho con oportunidad, contribuyen a desacreditarte...

ROSAURA. ¡Vaya! ¡Habrá que estar siempre seria! Fingir... ¿No es eso? La hipocresía a la antigua, como tú dices...

VÉLEZ. Ni a la antigua ni a la moderna, sin hipocresía; ser sencillos, ser naturales... Si es que la mayor parte de las jóvenes del día vivís por literatura... Esas Claudinas y otras criaturas de novela por el estilo han hecho más estragos... Lo mismo que eso de la cocaína y el éter, esas drogas del diablo..., todo literatura... Señor, si hay muchacha que en cuanto está delante de tres o cuatro personas se fuma una docena de cigarrillos, y estoy seguro de que está un día entero sola en su cuarto y no se le ocurre encender uno... ¿Por qué es eso? Porque todo es *pose*, exhibición..., que es el mal de los tiempos... Llamar la atención, destacarse por algo, aunque sea malo... Y dirás que quién soy yo para moralizar. Nadie, ya lo sé...; un bufón a la moderna, un bufón de sociedad... no soy otra cosa; pero ya sabes que los bufones alguna vez entre burlas decían verdades..., y este

bufón tiene su alma en su almario y en ese alma y en ese almario gran cariño por ti... Sí, Rosaurita... Yo no quiero que seas así; tú vales más que todo eso... Mira, no vaya a sucederte algún día, cuando menos lo quieras..., porque de verdad quieras, lo que le sucedió a don García, el protagonista de una comedia de don Juan Ruiz de Alarcón.

ROSAURA. ¿Qué le sucedió a don García y qué comedia es esa?

VÉLEZ. Pues don García, hijo de un noble caballero, era..., por eso, por lo mismo que tú eres así, porque como él mismo dice:

Ser notado es grande cosa,
el medio cual fuere sea...

Era un grandísimo embustero, mentía sin necesidad, mentía por todo, mentía por mentir..., el Arte por el Arte... Y un día, en que por una confusión involuntaria por su parte, necesitó que le creyeran una verdad..., nadie quiso creerle: que en boca del embustero es la verdad sospechosa... Hija mía, no quiero yo que te suceda a ti eso mismo, que el día en que necesites que crean en ti..., porque comprenderás que un hombre serio, un hombre como el Doctor, no uno de esos mequetrefes, muñequillos de sociedad, con los que tú te diviertes, pero a los que no puedes estimar..., un hombre serio, digo, como ese Doctor..., tan antipático..., ¿verdad?, para la que ha de ser la compañera de su vida no buscará nunca a una mujer que ande en opiniones de todos. Necesita creer y que todos crean que es honrada. Pues recuerda a don García, y como en él la verdad, procura que no vaya a ser en ti la virtud sospechosa... Y seguro de que has de meditar mis palabras con la almohada..., me voy a dormir muy tranquilo... Y ahora si alguien me ve volver

a mi cuarto, sabe Dios lo que podrá figurarse. Todo menos que vengo de predicar. Y no es cosa de que nadie sospeche tampoco de mi virtud, a mis años, en casa ajena y en esta facha... Muy buenas noches, hijita, muy buenas noches...

ROSAURA. No, espera, oye, escucha...

VÉLEZ. Nada, nada... Como no quieras que le diga algo al Doctor de tu parte...

ROSAURA. ¿Al Doctor? No se te ocurra decirle nada de ésto..., ni que te he hablado de él, ni que a mí me interesa...

VÉLEZ. ¿Lo ves? Esta hipocresía ya me parece bien... Es más femenina y más natural por lo tanto... No es mal principio. Adiós, Rosaurita, duerme bien, sueña mejor..., y bonísimas noches...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

JAIME y EDUARDO, escribiendo cartas; entra el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS. Muy buenos días.

EDUARDO. Hola, papá.

JAIME. Buenos días, Marqués.

MARQUÉS. ¿No ha venido el correo?

JAIME. No, aún es temprano.

MARQUÉS. Son ustedes los madrugadores de la casa. Sigan, sigan su tarea, no me hagan ustedes caso. Pero tú, Eduardo, no te fatigues. ¿No cree usted, Doctor, que no le conviene escribir tanto? Todos los días escribes diez o doce cartas. Yo no sé a quién puede escribir tanto. Si no conociéramos tu formalidad y creyéramos que todo ello era correspondencia amorosa...

EDUARDO. Escribo a mis compañeros de allá mis impresiones de aquí..., no muy satisfactorias.

MARQUÉS. Ya, ya... Pero por lo menos, con nosotros, ¿estás contento?

EDUARDO. Sí... Sólo tengo el disgusto de que Jaime nos deja.

MARQUÉS. ¿Nos deja usted? ¿Es posible?

JAIME. Sí, ya le he dicho a Eduardo... Me llaman de Madrid. Tengo enfermos pendientes de operacio-

nes; lo mismo ellos que las familias me esperan con la natural impaciencia.

MARQUÉS. Los hombres como usted, se deben a la Humanidad. Si esa es la causa no debemos ser egoístas. Pero conste que lo deploramos. Emilia va a llevarse un disgusto; para ella era una tranquilidad que estuviese usted al lado de Eduardo, por su salud y para su distracción; porque con su carácter teme que sin usted va a aburrirse aquí mucho y también va a querer dejarnos pronto.

JAIME. No, él debe pasar aquí todo el verano; le sentará muy bien, ya se lo he dicho. *(Entra un Criado con el correo.)*

MARQUÉS. ¡Ah!, el correo. *(Después de mirar las cartas.)* Yo no tengo cartas. Mejor. Son tan pocas las cartas agradables. A mí me asusta siempre el correo. Cuando no son malas noticias es algo molesto... Estas son para ti. *(A Eduardo.)* Para usted, Doctor. *(Al Criado.)* Deje usted ahí las otras. Ya las recogerá cada uno... Veamos la Prensa. Ahora puede uno leerla tranquilo; antes también siempre era un sobresalto...

ESCENA II

DICHOS y ROSAURA.

ROSAURA. Muy buenos días. Hola, tío. Hola, Eduardo... Doctor...

EDUARDO. Buenos días, primita...

JAIME. Muy buenos, Rosaura.

MARQUÉS. Creo que hay cartas para ti.

ROSAURA. A ver... Sí, todas estas... Malísimas noticias.

MARQUÉS. No digas. ¿Cómo has podido conocerlo?

ROSAURA. Por los membretes de los sobres. Malas noticias para papá. Son facturas de casas de París.

MARQUÉS. Todos los que hemos sido maridos y padres sa-

bemos lo que es eso. Pero en mis tiempos siquiera se pagaba la tela de los vestidos; ahora, según lo que cuestan y la poca tela que llevan, deben pagarse como el alquiler de las tiendas, por los huecos. Yo no quiero pensar si mi pobre madre, y no digo mi pobre abuela y mis respetables tías, resucitaran de pronto y se encontraran en una de nuestras reuniones de sociedad. Volvían a morirse del susto. Los trajes, el lenguaje, las maneras... No digamos la música. Eso que ahora llaman música. Dos sartenes, un almirez, una bocina de automóvil, un cencerro y hasta petardos de cuando en cuando...

ROSAURA. La música y el resto... no digo; pero respecto a desnudeces... En nuestras casas hay retratos de venerables antepasadas con sus buenos escotes.

MARQUÉS. El escote está consagrado por la tradición, es de ceremonial. Y por lo mismo que no se prodigaba tanto, tenía cierta importancia, que inspiraba respeto. Si lo malo de hoy es que todo ha perdido importancia. En mis tiempos, un día de lluvia y de barro, en Madrid, era un día de fiesta para los hombres que andábamos todos cabizbajos por esas calles, al atisbo de un asomo de pantorrilla. Pero ahora, ¿qué importancia tiene una pantorrilla?

OSAURA. ¿Y te parece que aquello era más decoroso?

ARQUÉS. Más atractivo, por lo menos... Y si las mujeres se dieran cuenta...

OSAURA. Nos la damos perfectamente. Y aun hay muchas mujeres que prefieren llevarse a los hombres detrás, arrastrados como de un anzuelo, con recursos... de esos de tus tiempos. Pero somos muchas las que pensamos que los hombres no son para llevarlos detrás, como a la rastra de una ilusión o de un deseo, que dura lo que todas las ilusiones y todos los deseos... Deben ser para que vengan a nuestro lado, acompañándonos, dándose

cuenta de todo, física y moralmente... Que el amor y el matrimonio dejen de ser ese eterno duelo de sexos, con todas las artimañas y embustes, que son las naturales armas en esa clase de duelo, y todas las desilusiones y desengaños, que son sus inevitables heridas..., que alguna vez pueden ser mortales...

JAIME. Piensa usted muy bien, Rosaura.

ROSAURA. ¿Me escuchaba usted?

JAIME. La escucho a usted siempre.

ROSAURA. Menos mal, porque hay quien no me escucha más que cuando digo algún disparate... Ya es mucho suponer que ahora no lo haya dicho. Aunque así sea, me alegro de que me haya usted escuchado.

MARQUÉS. El Doctor también tendrá un concepto científico del amor y del matrimonio. Pero en estos asuntos, armonizar el corazón con la cabeza, me parece más imposible que aquellas armonías entre la Ciencia y la Fe, que tanto dieron que escribir y que perorar a muy doctos varones, con mejor intención que resultado.

JAIME. No lo creo tan imposible. Al corazón se le educa y se le enseña a obedecer.

MARQUÉS. ¡Ay, Doctor! No se enamore usted de verdad, es lo mejor que puedo desearle.

EDUARDO. Sí, porque enamorarse ciegamente siempre es peligroso. Pero en fin, si ello hubiera de ser, yo le deseo a Jaime que sea pronto, mientras aún es joven, porque a cierta edad esos enamoramientos...

MARQUÉS. ¿Lo dices por mí, hijo? No creo haber hecho ninguna locura con haberme casado por amor, a mis años...

ROSAURA. Por Dios, Eduardo, evitad discusiones. ¡Ea, valor! ¡Voy a dar el susto a mi padre!

MARQUÉS. Una curiosidad, Rosaurita. Cuando te cases..., según tus principios, ¿piensas dar también estos sustos a tu marido?

ROSAURA. De él depende. Si sabe hacerme feliz, la felicidad es lo más barato; pero los substitutivos de la felicidad son siempre caros y peligrosos. Lo mejor que puede desear el marido de una mujer desgraciada en su matrimonio es que a la mujer le dé por vestirse mucho. ¿No les parece a ustedes? ¡Ah!, mi padre, que a tiempo llega. ¡Pobre!...

ESCENA III

DICHOS y el CONDE DE SANTA CLARA.

CONDE. ¡Señores!

EDUARDO. Hola, tío.

MARQUÉS. ¿Qué tal, Olegario? ¿Has dormido bien?

CONDE. Muy mal, desvelado toda la noche; con el ruido del mar y las sirenas...

MARQUÉS. ¿Pero qué sirenas, Olegario? Como no fueran las mitológicas. Si en este puertecillo no hay grandes barcos ni sirenas...

CONDE. Pues yo he oído unos bocinazos toda la noche...

MARQUÉS. Habrá sido Vélez, que duerme pared por medio contigo y creo que ronca muy fuerte. ¿Usted le ha oído, Doctor, que también es vecino suyo?

JAIME. No... Será que yo tengo el sueño más pesado.

CONDE. ¿Qué haría yo para dormir toda la noche, Doctor?

MARQUÉS. No dormir todo el día en cualquier parte...

CONDE. Pero ¿qué dormir?... Sueñecillos de nada, que no me aprovechan... ¡Ah!, Rosaura, hija, ¿estás aquí? Muy bien. No me dices nada, no me preguntas cómo he pasado la noche.

ROSAURA. Ya te he oído papá, y ya lo sabía, porque anoche entré en tu cuarto a poco de acostarte, y estabas tan desvelado, que anduve por la habitación, te di un beso, dejé caer un libro y no te enteraste de nada. Entré también esta mañana y lo mismo, siempre desvelado.

CONDE. Creerás que no te he sentido y que no te he visto. ¿Qué cartas son esas?

ROSAURA. De amigos. Todos me dan recuerdos para ti.

CONDE. ¡Qué amables! Dáselos de mi parte. Y ¿quiénes son, quiénes son?

ROSAURA. Martial y Armand, Drecoll, Marta Regnier... Todos muy expresivos.

CONDE. ¡Vamos, sí! ¡Qué bromitas! Facturas, ¿no es eso? A ver. ¡Friolera!

ROSAURA. Lee para ti... No me desacredites.

CONDE. Bueno, bueno..., dile a don Germán que gire... Déjalo ahí todo... Ya se enterará él... ¿Hay periódicos de Madrid? ¿Qué dicen?

MARQUÉS. Hoy vienen más interesantes que de costumbre, traen muchos blancos.

CONDE. Eso es algo grave; ¿tú sabes algo, Eduardo?

EDUARDO. ¿Yo?, no, tío.

CONDE. Usted, Doctor.

JAIME. Tampoco...

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA JACOBITA.

D.ª JACOB. ¡Felices, señores!

CONDE. Felices, Jacobita.

EDUARDO. Querida tía...

D.ª JACOB. ¿Qué piensas hacer, Rosaura?

ROSAURA. Hoy no pienso salir...

D.ª JACOB. Ahora te ha dado por no salir.

ROSAURA. Qué quieres. Me encuentro muy bien... conmigo.

D.ª JACOB. Sí, sí, es preferible. Pero nunca has de tener término medio. El caso es dar que hablar.

ROSAURA. Pues yo te aseguro que, desde ahora, los que hablen de mí, van hablar de memoria, porque van a verme y a oírme muy poco.

D.ª JACOB. ¡Jesús! ¡Qué novedades! ¿Oyes a tu hija, Olegario?

CONDE. *(Leyendo un periódico, sin hacerla caso.)* ¡Hombre! Gran acontecimiento. En venta la colección Stevensor. Quién estuviera allí. En tapices flamencos es única. Habrá que ver los precios. Para los americanos... *(Entra un Criado.)*

CRIADO. La señora Marquesa desea saber si los señores Marqueses de San Macario almorzarán hoy con los señores. La señora Marquesa esperaba un aviso.

MARQUÉS. Espere usted. Puede que haya venido en el correo. Sí. Aquí hay una esquelita para la Marquesa... Es letra de Felisa.

ROSAURA. Dirá que no puede venir, como siempre...

CRIADO. ¿Debo llevar esa carta a la señora Marquesa?

MARQUÉS. No, voy yo mismo. *(Sale el Criado.)* ¿Qué piensas hacer, Olegario?

CONDE. ¿Ahora? Irme al cenador a leer los periódicos, entre sol y sombra... *(Sale.)*

MARQUÉS. Allí iré en seguida. Hasta ahora. *(Sale.)*

ROSAURA. Te acompaño hasta el jardín, tía...

D.ª JACOB. Desde la iglesia, bajaré a la playa. Si has cambiado de idea y te animas a salir, allí me tienes... *(Salen doña Jocobita y Rosaura.)*

ESCENA V

EDUARDO y JAIME.

EDUARDO. Por hoy no escribo más... ¿Estás decidido a dejarme?

JAIME. Sí; no puedo retrasar mi ida a Madrid. Yo siento que tú creas, que crea tu familia que no estoy aquí a gusto.

EDUARDO. ¡Qué sé yo! ¡Yo me iría contigo de tan buena gana!

JAIME. Eso sí que no. Pensarían que era culpa mía. En la situación delicada en que estás con tu padre...

Por unos días... ¿Qué te importa? No le disgustes... No creo tan difícil contemporizar con tu nueva familia. Tu madrastra es la discreción suma, y su hija, si de algo peca es de modosa y callada.

EDUARDO. Sí... Si hubieran tenido la discreción..., el buen gusto, de no aportar con ellas a sus antiguas amistades...

JAIME. ¿Lo dices por ese señor Montes y su hermana? Eso tiene fácil remedio: con que tu padre indique, exija si es preciso, que renuncien a esas amistades...

EDUARDO. Mi padre se dejaría convencer..., engañar, ahora como antes.

JAIME. Yo creo que exageras, Eduardo. Según a lo que tú llames engañarse... Tu padre ha hallado en esta señora lo que él deseaba para los años ingratos de su vida: agrado y tranquilidad... Y acaso no le falte razón. En hombres y mujeres hay honradeces tan desagradables que muchas veces es preferible el agrado sin tanta honradez... Y como agrado, has de confesar que tu madrastra lo posee como pocas personas...

EDUARDO. Sí, sabe mucho. Ha dado pruebas de ello. Ha sabido llegar. Yo aún desearía que no se detuviera en su ambición, que ambicionara más todavía, y como ha sido capaz de conseguir, fuera capaz de hacerse digna de lo que ha conseguido.

JAIME. ¿Por qué no? Ya sabes lo que dice tu prima: que el talento imita muy bien todas las virtudes, como la tontería todas las maldades.

EDUARDO. Vengo notando que todo lo que dice Rosaura causa impresión en ti... Confiesa que en esta sociedad nuestra, nada te ha interesado tanto como mi prima... ¿Te sorprenderá si te digo que a ella no le has interesado menos?...

JAIME. ¡Vaya, Eduardo! Si no te hubiera oído tantas veces, y no tengo por qué dudarlo, que, contra el deseo de vuestra familia, ni tu prima ha pensado

en ti ni tú en ella para casaros, creería que en esta ocasión hablaban por ti los celos... ¿En qué puedo yo haber interesado a tu prima?

EDUARDO. ¡Ah! Eso ya no sabría decírtelo. Pero que Rosaura desearía verte enamorado de ella, no lo dudes. ¿Por curiosidad? ¿Por vanidad? ¿Quién puede saberlo? No lo sabrá ella misma.

JAIME. Pero sabe que un triste cirujano, por eminente que pueda llegar a ser, de tan plebeyo origen como el mío, que aún tengo parientes muy allegados que visten el paño pardo de los labriegos y labran la tierra con sus manos, no puede ser nunca el marido de una joven aristócrata por todo su linaje, heredera de cinco títulos con grandeza de España, y de un caudal a la orden de todos sus caprichos.

EDUARDO. El de casarse a su gusto puede ser el primero. En cuanto a eso que tú consideras obstáculos, tu profesión, tu familia humilde, no lo serían para ella. Ahora si me dijeras: Estoy enamorado de tu prima, ¿qué debo hacer? Te contestaría sin vacilar. Marcharte cuanto antes. Yo no sé qué pensar de mi prima. Unas veces parece que discurre con tanto juicio, con tan clara percepción de todo, hasta de ella misma. Otras veces, casi siempre, parece la criatura más insubstancial. Sólo preocupada de producir efecto, efecto fácil entre la gente que la rodea, con sus salidas de tono y sus frases..., esos juegos de ingenio, que la sociedad y el teatro se disputan y se reparten en amable reciprocidad de vaciedades..., y sobre todo, atrevimientos... alarmantes... Ella cree tal vez que su verdad es la otra; yo temo que acaso sea ésta y la otra... un efecto más, buscado para variar el repertorio. También creo, sí, que Rosaura, al lado de un hombre inteligente, de verdad enamorado de ella, es muy educable y perfectible... Pero cuando la vida es tan fácil para

ella, sin tener que cambiar en nada su modo de ser, ¿se prestaría a soportar las severidades de una educación y una disciplina espiritual a que no está acostumbrada? Es mi modo de ver... Con todo, la aventura es tentadora por lo mismo que es peligrosa..., y si hay alguien capaz de llevarla a feliz término, ese eres tú. Y ya que, a pesar mío, por lo que vale tu amistad para mí, hice el perfecto abogado del diablo, debo decirte que, por mi parte, nada podría satisfacerme tanto como ese matrimonio...

JAIME. ¿Qué matrimonio?

EDUARDO. El tuyo con Rosaura.

JAIME. Pero en serio, ¿has pensado que eso sería posible?

EDUARDO. ¿Es que tú no lo has pensado... siquiera... como imposible?

JAIME. No hay locura que no pase por el pensamiento... Y en ésta..., sí..., para qué engañarte, he pensado, y como somos tan hipócritas con nosotros mismos, para que al pensarlo no me pareciera tanta locura, hasta la he revestido de cierto aparato científico y sociológico.

EDUARDO. Ya es más grave.

JAIME. Ideas mías. Estamos tan necesitados... — la horticultura es más poética que la ganadería para estos símiles —, tan necesitados... de injertos de unas clases sociales con otras. Cierto que en vuestra clase a cada paso hay matrimonios con personas que no proceden de la aristocracia...; pero es aristocracia del dinero, que llega a vosotros ya con todos vuestros defectos y algunas buenas cualidades menos. Son como esos aficionados a un arte, que, en vez de traer a él espontaneidad, traen todos los amaneramientos de los profesionales. No, no es eso lo que vuestra clase necesita; necesita injertos vigorosos..., capaces de infundir una inteligente actividad a vuestras acti-

vidades ociosas o mal empleadas... Todo el mal de nuestra juventud es ese... ansia de actividad que no halla aplicación. Procedemos de una generación que nos dejó fatigados de elocuentes frases, que podían parecer ideas; lo malo es que cuando fuimos a ver lo que habían hecho nuestros padres con tanta elocuencia, vimos que poco o nada. Hoy, a toda prisa, queremos acción, algo a que aplicar nuestra actividad; pero el terreno está mal preparado y el esfuerzo se malogra y la actividad se inutiliza; es decir, parece perderse en derivaciones sportivas: el auto, el *foot-ball,* la pasión por el baile, todo eso, que es, en suma, movimiento, agitación incesantes. No maldigamos de todo ello... Bien encauzado podría tener su valor algún día. La misma guerra acaso no es más que eso, un *sport* más, empleo de actividades ociosas. ¿Mal empleadas? ¿Quién puede decirlo? La Humanidad vive en perpetuo ensayo, y quién sabe si en ese continuo ensayar nada se habrá perdido en definitiva, ni siquiera la acción, el riesgo, el interés y la emoción intensa, que al espectador superficial pueden parecerle muy mal empleados en una corrida de toros.

ESCENA VI

DICHOS, EMILIA, ELENA y el MARQUÉS DE LAS TORRES.

EMILIA. Buenos días, Eduardo... Doctor...

JAIME. Marquesa... Elenita...

EMILIA. Me dice Joaquín que nos deja usted. No quiera usted disculparse con sus enfermos... Todos sabemos que en verano no hay enfermos. Los enfermos tienen también sus vacaciones.

JAIME. Que puede ser efecto de las vacaciones de los médicos.

EMILIA. No, por Dios. No seré yo quien se permita esas bromas, y menos con usted. Creo en usted como en un santo milagroso.

MARQUÉS. Me parece que está ahí Estefanía. La oigo hablar con un criado.

EMILIA. ¡Ah, sí! Ve tú, Elenita. *(Sale Elena.)*

EDUARDO. Nosotros íbamos al correo a echar estas cartas... Después hácia la playa.

MARQUÉS. Allí íbamos nosotros, pero con la visita...

EMILIA. No, la recibiré yo sola. Ve tú con Elenita. Yo iré en seguida. No creo que me entretenga mucho.

ESCENA VII

DICHOS y ESTEFANÍA, que viene con ELENA.

ESTEFANÍA. Señores... Emilia... Ya sé que salían ustedes. Por mí no se detengan.

EMILIA. No, yo aún no salía... Siéntese usted. Hasta luego, todos...

ESTEFANÍA. ¿De veras no trastorno planes?

EMILIA. No, de ningún modo.

MARQUÉS. Cuando quieras, Elena. Y ¿Eduardo y el Doctor?

ELENA. Les dije que no nos esperaran. Van delante. ¿No tardarás mucho, mamá?

ESTEFANÍA. ¿Es preguntar si la visita será corta?

ELENA. No, por Dios.

ESTEFANÍA. Descuida.

MARQUÉS. A sus pies. *(Salen Elena y el Marqués.)*

ESCENA VIII

EMILIA y ESTEFANÍA.

ESTEFANÍA. Esperaba saber de usted. Desde la otra tarde en que me atreví a solicitar de usted un favor especialísimo. Quedó usted en avisarme y no he vuelto a tener noticias.

EMILIA. Ya dije a usted que sería muy difícil..., imposible...

ESTEFANÍA. Por Dios, Emilia. Ya sabe usted que no se trata de mí, se trata de mi hermano, que tendría un disgusto si supiese que yo he recurrido a usted. Ya conoce usted su delicadeza extremada... Se encuentra en uno de esos momentos difíciles... Él cuenta con muy buenas amistades, pero las amistades..., usted sabe lo que son las amistades, aun las que cree uno más obligadas no siempre responden.

EMILIA. No tiene usted que recordarme obligaciones ni favores; no tiene usted que recordarme nada. Lo tengo todo muy presente. No es fácil que pueda olvidarlo. Pero ya le dije a usted, debe usted creerme, yo no dispongo de nada. Y si ahora, en circunstancias tan difíciles para mí, se supiera que yo... ¿Qué no haría yo por servir a usted, a Fernando también?... Pero cuánto les agradecería que en esta ocasión comprendiera usted... el mal que sería... para todos... Más adelante... en otra ocasión...

ESTEFANÍA. Si usted supiera que si Fernando se encuentra en esta situación angustiosa ha sido por salvar a usted.

EMILIA. ¿A mí? Por Dios, Estefanía...

ESTEFANÍA. Es que usted no sabe... Recuerda usted aquel muchacho, Julio..., le habrá usted visto muchas veces, que Fernando tenía a su servicio, una especie de secretario, persona de toda confianza..., casi se había criado en casa, mucha gente creía que era de nuestra familia.

EMILIA. Sí, sí, ya me acuerdo...

ESTEFANÍA. Pues ha resultado un perdido del peor género, jugador, mujeriego... Nosotros no sospechábamos nada. Desde hace algún tiempo, de cuando en cuando, mi hermano echaba de menos pequeñas cantidades, que él creía haber guardado;

pero no muy seguro de su memoria no se atrevía a sospechar de nadie. Después, ya no cabía duda; a mí me faltaron también algunas alhajillas...; de todos sospechamos menos de este muchacho, cuya conducta había sido siempre intachable. Pero de pronto, de la noche a la mañana, no volvió a parecer por casa. Ya no podíamos dudar, pero nunca creíamos que se atreviera a tanto... Un día Fernando tuvo aviso para avistarse con cierta persona; era un echadizo... Julio había robado también papeles de importancia... Entre ellos, cartas de usted, cartas del padre de Elena..., toda la correspondencia en que se trataba del matrimonio de ustedes..., del reconocimiento de su hija de usted. Se amenazó a Fernando con que todo ello iría a parar a manos... No del Marqués, eso no hubiera tenido importancia... El Marqués la quiere a usted mucho, todo hubiera tenido arreglo... Esa gente sabe asegurarse. Esas cartas hubieran ido a manos de Eduardo, de Felisa... Comprenda usted el efecto; esas cartas en poder de los hijos del Marqués..., el escándalo...

EMILIA. Comprendo, sí, comprendo.

ESTEFANÍA. ¡Si Fernando supiera que yo le he contado a usted nada de ésto!

EMILIA. ¡Basta, basta!

ESTEFANÍA. ¿No lo cree usted?

EMILIA. Sí, sí, lo creo todo. ¿Qué no voy a creer de usted..., de ustedes? Por eso pienso lo que tengo que hacer. Porque ustedes no engañan, ustedes no amenazan en balde...

ESTEFANÍA. Emilia, por Dios... No la he visto a usted así nunca. Después de todo, ¿qué puede importarle a usted? Ya no puede usted perder nada. Su posición de usted es muy fuerte. La familia, aunque interesada en perjudicar a usted, siempre ha de respetar que ya lleva usted el nombre, los títulos

de la familia. Usted piense con serenidad si vale la pena... Tal vez no. Yo en su caso de usted lo arrostraría todo... Fernando por su parte intentará cuanto sea posible. A él lo que más le acobarda es la idea de que, llegado el caso, alguien de la familia quisiera llevar las cosas a un terreno que Fernando no pudiera rehuir como caballero.

EMILIA. No, eso no. Está bien... Yo pensaré lo que he de hacer.

ESTEFANÍA. Yo que usted no pensaría más. Ni tendrá usted tiempo para pensarlo, porque esa gente apremia, exige su dinero, antes hoy que mañana... También hay el recurso de denunciarlos... Si usted se atreve...

EMILIA. Bien sabe usted que no me atrevo, que no puedo atreverme.

ESTEFANÍA. Entonces... ¿Viene gente?

EMILIA. Sí.

ESTEFANÍA. *(Viendo llegar al Conde y a Rosaura.)* Entonces usted me dirá cuándo puede usted ver esos modelos. Los dan en muy buenas condiciones. ¡Ah!... Rosaura... Conde...

ESCENA IX

DICHAS, ROSAURA y el CONDE.

CONDE. Muy señora mía...

ESTEFANÍA. Ya me había despedido. Adiós, Rosaura. *(A Emilia.)* No me acompañe usted...

EMILIA. Sí. Aún quiero decir a usted...

ESTEFANÍA. Todo lo que usted quiera. *(Salen Emilia y Estefanía.)*

ESCENA X

ROSAURA y el CONDE.

CONDE. ¿Qué traerá esta señora?

ROSAURA. ¿Quién? ¿Estefanía?

CONDE. La prefiero como gavota.

ROSAURA. ¡Qué buen humor, papá!

CONDE. *(Señalando las facturas.)* A pesar de todo esto... Ya he dicho a don Germán que se haga cargo.

ROSAURA. Sí, ya sabe lo que importa.

CONDE. ¡Qué disparate! Un sombrero trescientas pesetas, unos zapatos doscientas. Esto es lo que debían leerle a uno al casarse, y no la Epístola de San Pablo. Pues si crees que los maridos son como los padres... Bien está. Con tal de no verte disgustada. ¡Ay! ¡Qué vida ésta! *(Se dispone a dormir.)*

ESCENA XI

DICHOS y EMILIA.

EMILIA. *(A Rosaura.)* ¿No bajas hoy a la playa?

ROSAURA. No... ¿Tampoco usted?

EMILIA. No. Elena fué con Joaquín. Yo no me encontraba muy bien... Felisa avisó que tampoco hoy podían venir a almorzar. Tu prima Felisa no quiere nada con nosotros, mejor dicho, conmigo.

ROSAURA. No. Ya sabe usted la vida que llevan, siempre de una parte a otra... Hay mucha gente así; se han incorporado al auto de tal modo, que el día que se les descompone es como si se les hubiera roto la cuerda.

EMILIA. Tu padre se ha dormido. No debías dejarle. No es bueno que duerma tanto.

ROSAURA. Si él dice que no duerme nada. *(Contemplándole.)*

¡Pobre papá! Duerme como un niño. Dicen que en el sueño y en la muerte la cara no engaña. ¿Verdad que mi padre así dormido tiene cara de bueno? Mi papá bobito, como yo le llamo... ¡Si él supiera cómo le quiero, a pesar de lo que le hago rabiar! Pero ¿a quién va a hacer uno rabiar con más confianza? *(Le da un beso.)* Por los que no le doy despierto.

EMILIA. Eres buena, Rosaura, eres buena.

ROSAURA. Lo dice usted como si fuera un descubrimiento de usted...

EMILIA. Eso no.

ROSAURA. Sí..., porque le habrán a usted dicho tantas cosas de mí...

EMILIA. Si a eso fuéramos... ¡De mí qué no habrás oído!

ROSAURA. Es verdad. Razón para que hayamos simpatizado. ¿No cree usted?...

EMILIA. Sí, Rosaura. Eres la única persona que me tranquiliza en esta casa. *(Salen. La escena queda sola un momento.)*

ESCENA XII

El CONDE, dormido; VÉLEZ, PALMITA, MONSITA.

VÉLEZ. Creedme a mí, creedme, lo mejor es no decirle nada.

PALMITA. Pero como no va a tardar en saberlo... En cuanto se aviste con cualquiera de los testigos presenciales de la escenita... Con lo que se estará comentando a estas horas. Y que ha sido cuando había más gente en la playa...

MONSITA. Además, conviene que lo sepa. Su primo Eduardo ha estado muy bien obligando a Carlos a que llamara al orden a su mujer, que ha estado imprudentísima.

PALMITA. Y todas las muchachas debemos ponernos de

acuerdo para hacerla comprender que así no se puede vivir en sociedad... Porque ya lo ha oído usted, se ha dirigido a todas.

MONSITA. Nos ha dicho que no dejamos en paz a ningún casado.

PALMITA. Nos ha llamado los bolcheviques del Amor.

VÉLEZ. Eso es el título de un cuplé.

PALMITA. Y nos ha dicho que debíamos estar en Rusia, ya que somos tan partidarias de la poliandria.

MONSITA. ¿Poliandria? ¿Qué es eso?

VÉLEZ. Pues..., nada, que una mujer puede casarse con muchos hombres a la vez.

MONSITA. ¿Con muchos y a la vez? ¡Qué atrocidad!

PALMITA. ¡Ay! Si está aquí el Conde.

VÉLEZ. Sí, está y no está..., como siempre... *(Reparando en las facturas que están sobre la mesa.)* Pues va a tener buen despertar.

PALMITA. ¿Por qué?

VÉLEZ. Porque no veo más que facturas en correcta formación delante de sus mismas narices. Esto es cosa de Rosaura que le ha preparado a su padre esta grata sorpresa. Digo, de las mejores casas de París..., y todo por miles... de pesetas, para que no haya trabacuentas con la reducción a francos.. Supongo que tan formidable batería se la ha puesto ante los ojos cuando ya los tenía cerrados, porque si ha visto todo esto y duerme tan tranquilo, es que no hay nada en el mundo capaz de quitarle el sueño... Digo, también soy yo inocente. ¿Qué significan para él estos miles de pesetas? Si yo tuviera que pagar una cosa así... No tampoco a mí me quitaría el sueño; pero andaría que a los que tuvieran que cobrar... Ante este espectáculo comprendo las ventajas del sistema bolchevique...

PALMITA. ¿De cuál?

VÉLEZ. Eso de la poliandria. Que cada mujer pueda tener cuatro o cinco maridos..., con lo que cuesta todo

ESCENA XIII

DICHOS y ROSAURA.

ROSAURA. ¡Hola! ¿Llegáis ahora?

PALMITA. Sí, ahora mismo... Hoy no has bajado a la playa.

ROSAURA. No... ¿Mucha gente?

MONSITA. La de costumbre...

ROSAURA. Y papá, ¿duerme todavía? Pues así está desde que se ha levantado.

VÉLEZ. Bien ajeno al despertar que le amenaza.

ROSAURA. No, si ya las ha visto, y ha dado orden de pagarlas... ¡Pobre papá! Alguna vez refunfuña un poco, pero luego acaba por decirme que es para que no me coja de susto lo que refunfuñará mi marido...

VÉLEZ. Y pobre de ti si no es así.

ROSAURA. ¿Por qué?

VÉLEZ. Porque cuando un marido no repara en los gastos de su mujer... es la mejor señal de que la engaña...

PALMITA. Pues yo prefiero que me engañe a que me fastidie... ¿Vienes esta tarde con nosotras? Vamos a Zarauz. Nos esperan los de Villapardo.

ROSAURA. No, no pienso salir.

MONSITA. Pero ¿qué vida haces?

ROSAURA. Cualquiera menos la de siempre... Leo..., escribo cartas...

VÉLEZ. Se nos ha vuelto muy formal en cuatro días... Y bien está un poco de seriedad... Así no tendremos tonterías como la de hoy.

ROSAURA. ¿Hoy? ¿Pues qué ha sucedido?

PALMITA. ¿No era usted el que opinaba que era mejor no decírselo?

ROSAURA. Pero ¿es que ha sucedido hoy algo de particular?

VÉLEZ. Pienso como vosotras, que no ha de tardar en

saberlo. Mira, Rosaura, esta mañana en la playa..., cuando más gente había..., Carmelina Santoja...

ROSAURA. ¡Ah, Carmelina! Ya no me sorprenderá nada de lo que podáis decirme.

VÉLEZ. Llegó muy alborotada, preguntando de corro en corro: ¿No está Rosaura? ¿No ha venido Rosaura? En esto se encara con tu tía Jacobita, que estaba sentada como siempre, con todos los bolsos, portamonedas y objetos de valor de las bañistas amigas, depositados en su regazo, como para un juego de prendas: ¿No ha venido su sobrina? Pues dígala usted de mi parte... Y... ¡no quieras saber qué cosas dijo, que ni de su parte es posible decírtelas!

PALMITA. Como una loca, hija, como una loca.

MONSITA. Y mezclándonos a todas en sus improperios...

VÉLEZ. A todo esto esgrimía una carta, que casi le metió a tu pobre tía por los ojos... Devuelva usted esa carta a su sobrina, y vea usted, y que vea su padre..., si esas cartas las escribe una señorita decente a un hombre casado...

ROSAURA. Pero ¿es posible? ¡Habrá estúpida!

VÉLEZ. Tu tía tiene la carta. Tú sabrás qué carta es ésa, tú sabrás qué dice esa carta.

ROSAURA. ¡Vamos, vamos! Figuraos, una carta que le escribí yo a Carlos, excusándome de no haber vuelto a embarcarme con él, justamente por las tonterías que iba diciendo Carmelina. Naturalmente que en la carta le recomendaba los glicerofosfatos para la neurastenia de su mujer, sin olvidar las varas de fresno...

VÉLEZ. ¡Válgame Dios! Y querías que no se diera por sentida.

PALMITA. Tu pobre tía se ha llevado un disgusto...

MONSITA. Lo peor fué que como no se contentó con hablar de ti, sino que fué mezclando a toda la familia con alusiones muy indiscretas al casamiento de tu tío. Eduardo que estaba allí cerca...

ROSAURA. Eduardo también.

PALMITA. Creyó que debía llamar la atención de Carlos para que hiciera comprender a su mujer lo incorrecto de todo aquello...

VÉLEZ. Menos mal que Carlos comprendió que Eduardo tenía razón y que le pilló de buen temple, pero podía haber habido un disgusto...

ROSAURA. Y estaba también el Doctor cuando...

VÉLEZ. Sí; allí estaba...

ROSAURA. ¿Veis como es mejor no tratarse con nadie, no ver a nadie?...

PALMITA. Eso sí que no. Ahora menos que nunca... ¿No opina usted lo mismo?

VÉLEZ. Sí, en efecto... Pero también vosotras sois de una ligereza...

PALMITA. Oiga usted, Vélez... No nos mezcle usted a todas como Carmelina.

VÉLEZ. Algunas veces le ponéis a uno en el caso de pasarse al enemigo. Una muchacha soltera no debe escribir más que a sus padres y a sus hermanos.

ROSAURA. No me sermonees... Yo te aseguro que desde hoy, cara de palo a todo el mundo. Vais a ver, vais a ver.

VÉLEZ. Tampoco es eso... Tu padre da señales de vida.

CONDE. Estaban ustedes ahí, tan callados... Palmita, Monsita..., monísimas. ¿Y los papás?

PALMITA. Bien todos.

CONDE. ¿Os divertís mucho? No lo creo. Los muchachos de ahora no tienen conversación para las muchachas, ni para nadie...

ROSAURA. Oye, papá... He pensado...

CONDE. ¿Qué? Hija mía, no me asustes. Te temo cuando piensas algo...

ROSAURA. Que me aburro aquí mucho... No quiero estar aquí.

CONDE. Y qué diría tu tío... Después de tantas desavenencias en la familia, si ahora que estamos reunidos para celebrar la milagrosa curación de tu primo Eduardo..., en plena reconciliación...

ROSAURA. Nada de eso tiene que ver con que yo no quiera estar aquí ni un día, ni un día más...

CONDE. ¡Ni un día más! Oyen ustedes ésto... ¿Qué le ha sucedido a Rosaura? ¿Ustedes saben?... Ayer mismo me decía que nunca había estado aquí tan a gusto..., y de pronto... No puedo con los caracteres volubles... Esto quiero, ya no lo quiero... Esto he pensado, ya he pensado otra cosa... Yo que por mi gusto no me movería nunca, no pensaría en nada nunca... Y esta muchacha me trastorna, me quita el sueño, que es quitarme la vida...

ROSAURA. Pues me iré con tía Jacobita o con Vélez... o sola...

CONDE. No faltaría otra cosa. Con lo que ya has dado que hablar... Yo que creía, la verdad, creía que este año con la presencia de Eduardo... Porque ya es hora de que yo piense en tu porvenir; porque yo no puedo ser eterno, hija mía, no hay que hacerse ilusiones, no puedo ser eterno... El día menos pensado..., y ese día...

ROSAURA. ¡Calla, calla! Ya siento haber dicho nada... Nos estaremos aquí... Lo que tú quieras..., como tú quieras. Puedes dormir tranquilo... Llévatelo, Manolo, haz el favor.

VÉLEZ. Venga usted, Conde... No se atormente usted.

CONDE. Estos disgustos acaban conmigo.

ROSAURA. Llévatelo. Distráele como puedas.

VÉLEZ. *(A Rosaura.)* Lo tomaré lo más lejos posible. *(Al Conde.)* No piense usted en nada. ¿No ha leído usted esos artículos sobre las nuevas excavaciones de la tumba de Tutankamen? *(A Rosaura.)* Me parece que más lejos...

CONDE. Le diré a usted. Yo tengo mi opinión sobre esas excavaciones. Creo que se trata sencillamente...

VÉLEZ. Sí, una especie de timo del entierro.

CONDE. Exacto... Veo que a usted no se le escapa nada. *(Salen el Conde y Vélez.)*

ESCENA XIV

ROSAURA, PALMITA y MONSITA.

PALMITA. ¿Ves como tu padre piensa lo que pensamos todos?

ROSAURA. ¿Qué piensan todos?

PALMITA. Que el marido para ti es tu primo Eduardo. No puede ser otro.

ROSAURA. Conque lo piense mi padre, conque lo piensen todos, y ni a él ni a mí se nos haya pasado por la imaginación.

PALMITA. ¿Tú crees?

ROSAURA. De mí estoy segura...; de él... me atrevería también a asegurarlo...

MONSITA. Pues no veo mejor solución.

ROSAURA. ¿Pero es que el matrimonio no es más que éso, una solución...?

MONSITA. Quiero decirte que sería un matrimonio ventajosísimo para los dos.

PALMITA. Una boda brillantísima.

ROSAURA. Para los Ecos de Sociedad.

PALMITA. Para vosotros, para la familia... ¿Es que tu primo no te parece bien?

ROSAURA. Muy bien... Pero nos queremos desde hace mucho tiempo, desde niños... Un cariño demasiado viejo para ir al matrimonio con él...

PALMITA. Entonces deja el campo libre a su hermanastra... ¡Lo que se alegrará su mamá cuando lo sepa!

MONSITA. No creo que consiga nada. No es boda para Eduardo. Una muchacha de origen tan obscuro...

ROSAURA. Eso no..., lleva un apellido ilustre.

PALMITA. Sí, que le costó muy buen dinero a su madre.

ROSAURA. La gente habla... ¿Qué sabe nadie?

MONSITA. Eso no. Todo el mundo lo sabe: que el primer marido de esta señora se casó con ella y recono-

ció como hija suya a esta muchacha, porque le ofrecieron un buen destino y le dieron muy buen dinero. Ya ves como no es boda para tu primo, que de seguro sabe toda la historia.

ROSAURA. De seguro... ¿No estuvisteis hablando con él toda la tarde?

PALMITA. ¿Por nosotras? No. ¿Cómo íbamos nosotras a decir a Eduardo nada de esto? ¿Qué pensaría de nosotras si supiera que lo sabíamos?

ESCENA XV

DICHAS, DOÑA JACOBITA, EDUARDO y MIGUEL SANTELLO.

PALMITA. Aquí está ya tu tía.

MONSITA. Ella te dirá...

D.ª JACOB. Supongo que ya te habrán contado...

ROSAURA. Sí, ya lo sé todo.

MIGUEL. Ha sido muy divertido.

EDUARDO. Mucho.

D.ª JACOB. Toma la carta. No quieras saber. Eduardo te dirá. Pero también fué idea, conociendo a Carmelina, ocurrírsete escribir a su marido esa carta, que él habrá dejado rodar por cualquier parte.

ROSAURA. No, si fuí yo quien dijo al Criado que si no estaba el señor se la entregara a la señora; si era ella quien yo quería que se enterara.

D.ª JACOB. Así decía Carlos que él no había recibido semejante carta, con lo cual no falta quien crea que la carta tenía algo de particular.

ROSAURA. Diré que la pongan esta tarde en la tablilla del Náutico, debajo de las observaciones meteorológicas... Aquí está la carta, que la lea todo el mundo, que corra de mano en mano... Que se enteren bien... Y no hablemos más de ello...

EDUARDO. Sí, es lo mejor. ¡Si vieras qué poco te favorece todo esto!...

ROSAURA. Si todos lo tomáis en trágico.

MIGUEL. Pero qué trágico. No le hagas caso a Eduardo. Si todo el mundo lo ha tomado a risa, conociendo a Carmelina... A estas horas no se habla de otra cosa. Lo de los glicerofosfatos y las varas de fresno es de lo que queda, vaya si queda...

EDUARDO. No seas majadero.

MIGUEL. Oye, oye; a mí no te dirijas en ese tono heroico. ¿Es que hoy estás decidido a pelearte con cualquiera?... Pues a mí se me encuentra pronto. En cuanto no estés en condiciones de inferioridad...

EDUARDO. Pero ¿qué majaderías estás diciendo?

MIGUEL. Oye, oye, que ya van dos veces que me has llamado majadero, y no estoy dispuesto a consentirlo; por muy amigo que seas no estoy dispuesto a consentirlo, que esas cosas las dicen en broma los amigos y luego quedan..., vaya si quedan..., y no estoy dispuesto a consentirlo...

PALMITA. Pero Miguelito...

MONSITA. No le hagas caso, Eduardo...

PALMITA. No es para que te pongas así.

D.ª JACOB. Es que Eduardo está muy nervioso.

MIGUEL. Si lo comprendo... que está muy nervioso por muchas cosas. Pero qué culpa tenemos nadie de sus disgustos de familia...

D.ª JACOB. En eso tienes razón... Vamos..., dos amigos como ustedes... Dense ustedes la mano.

MIGUEL. Por mí...

EDUARDO. Sí, hombre, sí, perdona... Mi tía tiene razón, estoy muy nervioso...

MIGUEL. Sí, chico, sí. Pero me has dado un disgusto. Con lo que yo te quiero, horrores... Con lo que es para mí tu amistad, con lo que yo...

D.ª JACOB. No te emociones, Miguelito.

PALMITA. No te pongas así. Anda, acompáñanos. Rosaura no quiere venir con nosotras...

ROSAURA. No, hoy no salgo.

MIGUEL. Y... bueno, ahora no vayáis vosotras diciendo que Eduardo me ha llamado majadero..., que esas cosas quedan, y como empiece todo el mundo: el majadero de Miguelito Santello, el majadero de Miguelito... Ya sabéis que por un mote, un parecido o cualquier tontería así hay... hasta a quien se le ha malogrado una carrera política.

PALMITA. Descuida que no se te malogrará nada. *(Salen Palmita, Monsita y Miguel.)*

ESCENA XVI

ROSAURA, DOÑA JACOBITA y EDUARDO.

D.ª JACOB. ¡Pobre Miguel! Se ha llevado un disgusto... Y es que tú también, aunque quieras aparentar otra cosa..., estás aquí contrariado... Yo comprendo que sea desagradable para ti ver en esta casa, oír que nombran con el título que llevó tu madre a otra mujer que...

EDUARDO. Que tiene el cinismo de presentar en esta casa a sus antiguas relaciones. Y eso no. Eso no puedo tolerarlo... Y hoy mismo hablaré con ella, porque quiero evitar hablar con mi padre.

D.ª JACOB. ¡Señor, señor! ¡Qué disgustos! Está visto que no debía una tener nunca condescendencias ni debilidades. Si nos hubiéramos sostenido siempre a distancia. Pero porque no dijese tu padre que éramos nosotros los intransigentes...

EDUARDO. No, yo no estoy pesaroso de haber venido. Me marcharé pronto, tal vez para no volver, pero antes quiero, debo dejar esta casa en condiciones de que mi padre no esté en evidencia a cada paso. Si es difícil borrar lo que sucedió, no es tan difícil evitar lo que sucede ahora...

ROSAURA. No participo de vuestra severidad al juzgar las más insignificantes acciones de esta pobre seño-

ra. Creo que nadie más que ella desea alejar de esta casa y de su lado a esas personas que tanto os inquietan...

EDUARDO. Si fuera como tú dices, con haberles cerrado las puertas de esta casa, desde que vino a ella...

ROSAURA. Para los hombres todo es fácil resolverlo con violencias...

EDUARDO. ¡Pobres de nosotros si no corrigiéramos con nuestras violencias vuestras suavidades!... Todo el mundo comenta que esas personas frecuenten esta casa, que sus antiguas y no muy confesables relaciones con esta señora les sirvan de portillo para introducirse en nuestra sociedad... No estoy dispuesto a consentirlo.

ROSAURA. Bien está. Pero me permites que sea yo... quien indique con nuestras suavidades, como tú dices, antes que tú, con tus violencias..., lo que yo creo que no ha de parecer tan mal como tú crees... Al contrario.

D.ª JACOB. Elena viene. Hablemos de otra cosa.

ROSAURA. No. Quiero yo hablar con ella.

D.ª JACOB. ¡Pero muchacha! ¿Vas a decirle?... Se trata de su madre.

ROSAURA. Hago el favor a Elena de creer que con ella puede hablarse con claridad, sin temor a ofenderla...

D.ª JACOB. Si con ello evitamos disgustos... Siquiera que pasemos el verano tranquilos...

ROSAURA. Eso sí. Un verano tranquilo... Es una aspiración... *(Salen Doña Jacobita y Eduardo.)*

ESCENA XVII

ROSAURA y ELENA.

ELENA. ¿La dejan a usted porque yo vengo?

ROSAURA. No..., he sido yo quien ha pedido que nos dejaran..., porque deseaba hablar yo sola con usted...

No se asuste usted... Quiero que hablemos como no esperaría usted de mí..., como amigas, y muy buenas amigas.

ELENA. Es verdad. No me hubiera atrevido a esperarlo.

ROSAURA. ¿No ha oído usted, no le han dicho que de mí puede esperarse todo...? Pero lo mejor que pensaría usted de mí era que no me importaba nada de usted, que me era usted indiferente... Ya que no podía usted ver en mí una enemiga... como en los demás... Ya sé que no le digo a usted nada que usted no sepa; enemigos todos y enemigos de la peor especie, enemigos pasivos, de los que no serían capaces de hacernos nada malo por sí mismos, porque están seguros de que nosotros mismos los hemos de dar hecho todo lo malo que ellos desean y esperan de nosotros... Enemigos a la expectativa, espías de todas nuestras palabras, de todas nuestras acciones.

ELENA. Veo que ha sabido usted comprender nuestra situación, la de mi madre y la mía, en esta casa, en esta sociedad, para mi madre no tan extraña ni tan desconocida como para mí. ¿Cómo no estar acobardada? Y ahora..., ¡qué alegría tan grande!, saber que usted..., usted, de quien yo menos lo esperaba... Verdad es que, temiéndola a usted..., lo confieso, no había sorprendido en usted nunca nada en que yo pudiera advertir la menor intención de mortificarme... Quizás ha sido usted la única... Pero dice usted bien, yo no lo estimaba como señal de simpatía, más bien de indiferencia..., o de desprecio...; soy tan insignificante, pensaba yo, que ni siquiera he merecido una de sus frases ingeniosas.

ROSAURA. ¡Mis frases ingeniosas! Las que me hacen parecer lo que creen que soy... ¡Desdichado el que para vivir en sociedad no posea el precioso recurso de un buen ingenio que sepa endulzar lo que llegó al corazón muy amargo! Pero si usted ve,

si usted sabe que yo me he burlado alguna vez de un sentimiento honrado, de una acción noble, de un dolor verdadero... Entonces... crea usted de mí lo que creen todos esos que dicen de mí: Se ríe de todo, se burla de todo... Porque me río de ellos, me burlo de ellos..., y ellos creen ser todo...

ELENA. ¿Cómo puedo yo juzgarla a usted así, cuando la oigo a usted y la veo acercarse a mí con tan noble generosidad?... Ha sabido usted sobreponerse al ambiente de hostilidad que nos rodea... Ha pensado usted por sí misma...

ROSAURA. Sí, he pensado por mí misma. Adquirí desde muy niña esa peligrosa costumbre. Como he sido hija única y me criaba delicaducha, tardé mucho en tener ayas y profesores graves... Me crié en la más salvaje libertad. Mis mejores amigos y mis mejores maestros, ahora lo conozco, fueron los criados de mi casa. En sus conversaciones de escaleras abajo aprendí a ver el mundo desde el otro lado... Eran los bastidores de la brillante sociedad, que ya no podría deslumbrarme nunca. En aquellos bastidores, a la luz despiadada de unos espíritus plebeyos, que aun al juzgar sin odio, juzgaban con grosería, los diamantes eran vidrios; las perlas, abalorios; el oro, cartón dorado...; allí se descubría la verdad de todas las apariencias físicas y morales... Comprende usted que en tan excelente escuela haya aprendido a no juzgar por ellas, a ver más allá siempre, de un lado y del otro...; a comprender que somos de tantas maneras como gente nos mira y maneras hay de mirarnos.

ELENA. Y ha sabido usted ver que ni mi madre ni yo merecemos esa desconfianza, esa hostilidad con que todos, como usted dice, esperan...

ROSAURA. Sí, esperan cobardemente la caída, algo de parte de ustedes que justifique esa innoble actitud de

los que esperan un mal, una desgracia, una torpeza, para poder decir al fin satisfechos: ¿Ven ustedes como teníamos razón en pensar mal?... Ya sucedió lo que nosotros temíamos... Por vergüenza no se atreven a decir: Lo que nosotros deseábamos.

ELENA. Es tan difícil comportarse cuando sabemos que todo ha de ser mal interpretado... Es tan difícil mi situación en esta casa...

ROSAURA. Por ustedes, no... Ustedes lograrán disipar recelos y desconfianzas. Para ello, lo que importa es que prescindan ustedes de algunas de sus antiguas amistades... La presencia de esas personas en esta casa disgusta a mi primo. Está decidido a hablar con su madre de usted. Es preciso evitarlo.

ELENA. Sí, sí... Mi madre hará todo lo posible.

ROSAURA. Después de esta reconciliación familiar, un nuevo rompimiento por cualquier causa, dejaría a su madre de usted en una situación difícil... He hablado a usted con lealtad. Así lo estima usted, ¿no es cierto?

ELENA. ¡Dios mío! ¿Cómo agradecer a usted?...

ROSAURA. No. Yo soy la que está muy contenta... ¡Hay tan pocas ocasiones de estar contento de uno mismo!... Lo que no quisiera es haber entristecido a usted...

ELENA. No, Rosaura, no... Gracias, muchas gracias. *(Sale.)*

ESCENA XVIII

ROSAURA y VÉLEZ.

ROSAURA. ¿Has dejado tranquilo a mi padre?

VÉLEZ. Sí; me ha dado un repaso de antigüedades, hasta Luis XIV hemos llegado... Y tú, ¿te has tranquilizado también? Hay que ser un poco más juiciosa. La gente se ha divertido mucho... Pero

esos mismos que se divierten son luego los que más te desacreditan... A estas horas, para muchos, es indudable que has coqueteado más de lo justo con el marido de Carmelina...

ROSAURA. Ya lo sé. No me digas nada. ¿Estaba también el Doctor cuando?... ¿Qué habrá dicho? ¿Has hablado con él?

VÉLEZ. Si es eso lo que te importa..., el doctor no dice nada... El Doctor se marchará dentro de tres o cuatro días...

ROSAURA. ¿Tan pronto? ¿Está ya aburrido... de todo?

VÉLEZ. No sé. Tiene mil atenciones profesionales. Y tampoco tendría nada de particular que estuviera aburrido... o asustado...

ROSAURA. Pero ¿te ha dicho él que se marcha?

VÉLEZ. Se lo he oído decir. Yo, desde que me recomendaste que no le dijera una palabra... de nada...

ROSAURA. ¡Qué gracioso! ¿Querrás decirme que no has vuelto a hablar con él... de nada?

VÉLEZ. Sí, hemos hablado de la posibilidad de comunicarnos con Marte, de política, del fascismo..., de la de aquí no hemos hablado nada, porque ni él ni yo tenemos vocación de desterrados... Pero sí hemos hablado de cosas muy importantes en estos días...

ROSAURA. No me pongas nerviosa. Yo sé, estoy segura de que habéis hablado de mí. Hoy con mayor motivo, después de esa escena... No lo niegues. ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pensado de mí?

VÉLEZ. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues por él yo no sé lo que él piensa. Pero por mí... sé lo que piensa él. Digo por mí, porque me pongo en su caso... Y cuando se ha vivido lo que yo he vivido, no es difícil adivinar pensamientos.

ROSAURA. ¿Y qué sabes de él... por ti?

VÉLEZ. Que siente por ti esa atracción que siente por el mar el navegante, el aviador por los espacios aéreos, el automovilista por las pendientes y las

curvas... Esa atracción de lo peligroso, de lo inseguro.

ROSAURA. ¿Es qué soy tan complicada como todo eso?

VÉLEZ. No, hija mía. ¿Qué has de ser complicada? Para un viejo como yo... eres lo más sencillo del mundo: una mujer. No hay nada más sencillo que una mujer, aunque otra cosa crean y quieran hacernos creer psicólogos literarios que han estudiado a las mujeres, creyendo de buena fe lo que ellas mismas les decían en confesiones..., ya literarias... Los buenos confesores saben que hasta en la confesión sacramental no hay que fiarse mucho de lo que las mujeres confiesan... Pero el Doctor ni conoce a las mujeres ni sabe del mundo... Por eso le tienes un poco asustado. Tú puedes quitarle el miedo. Todo esto si es que en serio y de verdad te interesa... De otro modo, te aconsejo que no coquetees con él...; ni lo merece, ni ha de prestarse a ello... Es un hombre. Te lo advierto, porque la especie va siendo algo rara. Tú verás si te conviene adquirir uno de los últimos ejemplares.

ESCENA XIX

DICHOS, el CONDE y EDUARDO.

CONDE. ¿No se almuerza todavía?

VÉLEZ. No tardaremos. Ya sabe usted que en esta casa siempre hay puntualidad. Pero aun falta alguien... El Doctor...

EDUARDO. Vendrá en seguida. Se separó de mí para poner unos telegramas.

VÉLEZ. A tu hermana Felisa con su marido también creo que les esperaban hoy a almorzar.

ROSAURA. Han avisado que no pueden venir.

VÉLEZ. ¡Ah!..., entonces... ¿Hay apetito, Conde?

CONDE. Hay aburrimiento, amigo Vélez. En esta abrumadora paz del mar y las montañas, las horas de comer es lo único que rompe la monotonía...

VÉLEZ. Observo que ni el mar ni los campos tienen para usted el menor atractivo.

CONDE. No me dicen nada...

VÉLEZ. Pues, según mis noticias, lo mismo el mar que esas montañas tienen su antigüedad. Siquiera por eso debía usted concederles algún mérito...

ESCENA XX

DICHOS y el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS. Vélez... Olegario. Perdonen ustedes que no almorcemos todavía... Emilia tiene un disgusto. Almorzaremos sin ella. Está algo indispuesta.

VÉLEZ. ¿Qué ocurre?

ROSAURA. ¿Qué ha sucedido?

CONDE. ¿Está enferma?

MARQUÉS. No. Verán ustedes. Es tan extraño todo. Emilia no quiere que se sepa.

VÉLEZ. Nos alarma usted.

CONDE. Pero ¿qué ha sucedido?

MARQUÉS. Muy desagradable, Emilia, la pobre se ha afectado mucho.

VÉLEZ. Diga usted.

ROSAURA. Sí, por Dios.

MARQUÉS. Se estaba arreglando para almorzar y parece ser que había dejado el hilo de perlas que ella lleva siempre...

VÉLEZ. Sí, sí.

MARQUÉS. Sobre la mesita que hay en el centro del gabinetito contiguo al cuarto de vestir. La habitación, como ustedes saben, es de planta baja y las ventanas dan a la carretera.

VÉLEZ. Sí, sí.

MARQUÉS. Las ventanas estaban abiertas. Emilia en sus idas y venidas del cuarto de vestir al gabinetito no advirtió nada, pero al ir a buscar el hilo de perlas vió que había desaparecido. Al pronto creyó que lo había dejado por distracción en otra parte, aunque ella creía estar segura de haberlo dejado sobre la mesa. La asaltó la idea de que alguien hubiera podido entrar por la ventana, mientras ella estaba en el tocador, y en efecto, al asomarse a una de las ventanas, vió ya lejos, por la carretera, a un hombre que marchaba apresurado, casi corriendo, y que al llegar al recodo que hace la carretera frente a la villa de los Villapardo, montó en un auto pequeño, que salió a todo correr. Emilia cree que ese hombre ha sido el ladrón. No se explica de otra manera.

CONDE. ¿Pero ella ha buscado bien por todas partes? Porque a lo mejor se obceca uno. A mí me ha pasado tantas veces...

MARQUÉS. Sí, sí, está segura de que el collar estaba allí. Ha buscado... En la habitación no ha podido entrar nadie por la puerta, que estaba cerrada... Ni siquiera la doncella... Además, los criados son todos de absoluta confianza...

CONDE. Pero es atrevimiento... En pleno día, a una hora en que no deja de transitar gente...

MARQUÉS. No, a estas horas..., es la hora en que almuerza todo el mundo. Además, el hombre, según dice Emilia, vestía como de operario. Si alguien le hubiera visto saltar... hubiera creído que era algún obrero que trabajaba en la casa. Si hubiera sido sorprendido dentro, desde la mesa a la ventana hay dos pasos, la ventana es muy baja, y de un salto... Hace falta audacia, pero esa misma audacia asegura la impunidad.

CONDE. Daréis parte en seguida...

MARQUÉS. Ahí tienen ustedes. Esa es la parte desagradable..., sin una seguridad... Emilia no quiere que

se sepa. Haremos indagaciones particulares..., pero otra cosa... Vienen la publicidad, los comentarios...

EDUARDO. Sí. Opino también que no debe darse publicidad.

CONDE. Pero es escandaloso... En pleno día...

VÉLEZ. Comprendo el disgusto de la Marquesa.

MARQUÉS. Aparte el valor, ya saben ustedes lo que las mujeres se encariñan con sus alhajillas.

VÉLEZ. ¿Y es tan baja la ventana que sea tan fácil...?

MARQUÉS. Sí. Vengan ustedes, verán ustedes.

CONDE. Sí, conviene mirar..., alguna huella habrán dejado...

MARQUÉS. Vamos a ver.

CONDE. Sí, vamos. *(Salen el Marqués, el Conde y Vélez.)*

ESCENA XXI

ROSAURA y EDUARDO.

EDUARDO. Estamos en plena novela policiaca... Sherlock Holmes o cosa así... Comprenderás que yo no creo nada. Y lo malo es que no va a creerlo nadie más que mi padre.

ROSAURA. Sí, es un poco extraño. Pero no es imposible. Recuerda lo que sucedió hace poco en casa de...

EDUARDO. Sí, porque recuerdo casos parecidos... Por fortuna no hay interés en denunciar el suceso, porque sería de los que desacreditan a la policía. Como esos atracos en que no aparece nunca el atracador, porque fué la misma supuesta víctima.

ROSAURA. Pero ¿qué supones, qué crees? No, Eduardo, hay que esperar por lo menos.

EDUARDO. Eso sí, esperar... ¡Ah!, Felisa con Gildo. ¿No había avisado que no podía venir?

ESCENA XXII

DICHOS, FELISA y GILDO.

FELISA. ¿Cómo estás, Eduardo? ¡Qué buen semblante!...

GILDO. ¡Chico, estás magnífico! Cuánto me alegro.

ROSAURA. ¡Qué sorpresa! Ya no os esperábamos...

FELISA. Íbamos a ir de expedición con los de Solana y otra gente, pero esta mañana se les puso la abuelita tan mala; la buena señora, con sus ochenta y tantos años, los ha dado un susto... No sé si saldrá... Naturalmente, se desbarató todo el plan; así es que yo pensé que hoy podíamos venir, ya que nunca se arregla... Luego cree Emilia que es a cosa hecha, y yo, la verdad, cuando no hago las cosas con intención, no me gusta que nadie lo crea...

ROSAURA. Pues habéis venido con oportunidad.

FELISA. ¿Sí? ¿Por qué?

ROSAURA. Por nada... Porque ya íbamos a almorzar. Voy a decir que habéis venido. *(Sale Rosaura.)*

ESCENA XXIII

FELISA, EDUARDO y GILDO.

EDUARDO. Luego os explicaréis lo de la oportunidad.

FELISA. ¿Sí?... ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

EDUARDO. Ya os enteraréis... Como te conozco, te suplico que te abstengas de los comentarios que seguramente han de ocurrírsete.

FELISA. ¿Hay novedades?

EDUARDO. No... Nada nuevo.

ESCENA XXIV

DICHOS, EMILIA, el MARQUÉS, el CONDE, VÉLEZ y ROSAURA.

MARQUÉS. Hola, Felisa... Hija, ¡qué sorpresa!

FELISA. Hola, papá..., Emilia...

EMILIA. Por fin, un día...

FELISA. Ya le hemos dicho a Rosaura lo que nos ha ocurrido.

CONDE. *(A Vélez.)* En la habitación no hay señales. ¿Usted qué cree, Vélez?... ¿No es muy raro todo en este asunto? Ya hablaremos...

VÉLEZ. Sí, después de almorzar...

MARQUÉS. Cuando ustedes quieran, señores. Creo que nos espera el almuerzo, hoy un poco retrasado. Así habéis podido llegar a tiempo... *(Salen el Marqués, Felisa, Gildo, Vélez, el Conde y Eduardo; quedan solas Emilia y Rosaura.)*

EMILIA. ¿Qué quiere usted decirme?

ROSAURA. Ha sido una imprudencia, ha arriesgado usted mucho... No van a creerla a usted.

EMILIA. Pero usted...

ROSAURA. Yo sé que no tendría usted otro medio. Es usted víctima de un *chantage* indigno. Eso es lo que hay que evitar.

EMILIA. Pero ¿cómo? ¡Si usted supiera!...

ROSAURA. Lo supongo, lo sé. Ya hablaremos...; vaya usted, vaya usted...

EMILIA. ¿Y usted?

ROSAURA. Voy en seguida. *(Sale Emilia.)*

ESCENA XXV

ROSAURA y JAIME.

JAIME. ¿Llego tarde?

ROSAURA. Sí, pero muy a tiempo. ¿Llega usted ahora, verdad?

JAIME. Llegué hace poco y estaba en mi habitación.

ROSAURA. Mejor, así estará más justificado.

JAIME. ¿Más justificado? ¿Qué?

ROSAURA. Ya sabrá usted. Tengo que pedirle un favor.

JAIME. ¿Usted a mí?

ROSAURA. Una mentira, una mentira sin importancia para usted, pero que importa mucho. Ahora, en la mesa... No, allí no creo que se hable de esto... Después oirá usted contar algo..., ya le diré a usted. Es preciso que usted diga que al llegar ahora, un poco antes, por la carretera vió usted saltar de una de las ventanas de la planta baja, de las habitaciones de la Marquesa, a un hombre.

JAIME. ¡Rosaura!

ROSAURA. Sí..., que usted creyó que era un obrero, iba vestido de azul... Le siguió usted con la vista por curiosidad, y lo vió usted montar en un auto, un auto pequeño, también azul. Cuando se inventa algo no dispone uno de muchos colores. Creerá usted que le hablo en broma... No, es muy serio, se trata de atenuar en lo posible una imprudencia de... ¿Lo dirá usted? ¿No se le olvidará nada?... La ventana, un hombre, el auto... ¿Lo hará usted, Jaime? ¿Me hará usted ese favor? ¿Qué me mira usted?

JAIME. No, no es nada... Es que..., es la primera vez que me llama usted... por mi nombre, Jaime...

ROSAURA. ¡Ah! ¿La primera? No recuerdo bien...

JAIME. Sí, siempre me ha llamado usted Doctor..., y esa palabra que en otros es costumbre, en algunos respeto, en usted tenía no sé qué apoyatura irónica. Doctor, para usted, era el hombre serio, grave, insociable...

ROSAURA. ¡Por Dios, como decía aquel maestro de baile, cuántas cosas en un minué! ¡Cuántas cosas en una palabra! Pero ya no lo llamaré a usted más Doctor. Jaime siempre, con la confianza que da una complicidad..., porque ya somos cómplices...

Y acaso le necesite a usted para seguir nuestra complicidad. *(Entra un Criado.)*

CRIADO. Sólo esperan a los señores para almorzar.

ROSAURA. Sí, vamos, vamos... Ya hablaremos, Doctor... Ya hablaremos, Jaime, ya hablaremos...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA I

EMILIA y ELENA, sentadas. ELENA hace labor. Entra el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS. ¿No salís esta tarde?

EMILIA. No; ya sabes que hoy tenemos gente a tomar el te. Las muchachas quieren bailar en la terraza.

MARQUÉS. Pero aún es temprano; teníais tiempo de haber dado un paseo.

EMILIA. No me encuentro bien. Y Elena está muy aplicada a su labor.

MARQUÉS. ¿Es que estás disgustada?

EMILIA. No.

MARQUÉS. Sí; por lo que hoy dijo Felisa.

EMILIA. No, por eso... no. El caso es que antes no quería venir nunca y ahora viene casi todos los días, por el gusto de soltar indirectas. Tu hija no transige conmigo; lo peor es que influye sobre Eduardo, que ya empezaba a perdonarme... ¡Cómo ha de ser! Mientras no lleguen a influir sobre ti...

MARQUÉS. No des demasiada importancia a lo que diga Felisa... Está nerviosa, disgustada con la situación de su marido. Ella es ambiciosilla, le gustaba que su marido figurase en política. No quiero que te preocupes por nada. Y Elenita también anda

tristona estos días. Es natural, te ve a ti disgustada. ¡Señor! ¡Qué difícil es vivir tranquilos! Ahora mismo también yo tengo mi preocupación...

EMILIA. ¿Sí? ¿Qué te ocurre?

MARQUÉS. Algo muy desagradable. A la Junta directiva del Náutico parece que han llegado protestas de algunos socios contra Fernando Montes, a quien se acusa de algunas incorrecciones en el juego. No creo que tengan fundamento; pero es desagradable. Yo quisiera arreglarlo todo, porque sentiría que llegaran a medidas violentas. Al fin es un amigo nuestro, frecuenta nuestra casa... *(Entra un Criado.)*

CRIADO. Con permiso de vuecencias... Esta carta para la señora Marquesa.

MARQUÉS. Bueno. Os dejo. Voy al Náutico a enterarme personalmente del asunto.

EMILIA. *(Después de haber ojeado la carta.)* Espera...

MARQUÉS. ¿Qué ocurre?

EMILIA. A propósito de ese asunto... Esta carta. Me escribe Estefanía... Lee, toma. *(Dándole la carta.)*

MARQUÉS. *(Después de leerla.)* Sí; es natural... Un disgusto para todos. Yo no sé qué haya podido ocurrir. Yo, en cuestiones de juego tengo mi criterio. Se trata de una pasión, de un vicio si se quiere... Y, la verdad, pedir corrección y honorabilidad en las pasiones y en los vicios... Pero así anda el mundo, en su código del honor está peor considerado un jugador incorrecto, que un mal padre y que un mal ciudadano... Si ves a Estefanía, dile que yo haré cuanto esté de mi parte por desvirtuar esa mala atmósfera que se ha formado alrededor de su hermano. Lo malo es que Eduardo ha intervenido también en el asunto, supongo que contra su voluntad...

EMILIA. Yo te agradeceré que hagas cuanto puedas en favor de nuestro amigo.

MARQUÉS. Puedes estar segura. Hasta luego. *(Sale.)*

ESCENA II

EMILIA y ELENA.

EMILIA. Conseguirán lo que se proponen. ¡Si no fuera por ti, hija mía! Con qué satisfacción renunciaría a todo, iría a refugiarme en el último rincón del mundo, a descansar... ¡Descansar!...

ELENA. ¿Si no fuera por mí, dices? En mí es en quien menos debes pensar. ¡Si crees que por haberme traído aquí me has dado la felicidad!

EMILIA. ¡La felicidad! Ya sé que no. Porque sabía yo muy bien que todo esto no es la felicidad; no ambicionaba yo tanto; con menos me hubiera contentado. Pero andando a saltos por la vida no se detiene uno donde quiere; se cae donde se puede, y, gracias a Dios, si no se rueda y se cae muy bajo. No maldigas de verte aquí, hija mía, que si no es la felicidad, es por lo menos la seguridad; que sea de ti lo que quiera, será porque tú quieras, porque lo hayas querido... Tú no sabes lo que es poder decir: Si hice mal, fué porque yo lo quise, no por necesidad, casi por obligación. Pero ver todo lo malo que se ha hecho y preguntarse al fin: Pero ¿es que soy yo así? Si yo no quería, si no he debido ser así nunca... Y ver que los demás nos piden cuenta de una vida que nosotros sabemos que no fué nuestra vida, que no hemos sido lo que los demás creen; y a pesar de ello así seremos ya siempre; y por aquella vida que fué tan poco nuestra, ya siempre han de juzgarnos y de ella hemos de responder siempre.

ELENA. ¿Es qué no hubiéramos podido vivir de otro modo? A mí no me asusta la pobreza...

EMILIA. ¡Hija mía, en las novelas y en los cuentos se puede poetizar con la pobreza; en la realidad, no; no

hay poseía posible. Sin la seguridad de lo necesario para la vida, nadie puede responder ni de su misma vida, ni de su honradez, ni de sus afectos más íntimos. Esta es la verdad que yo quiero que sepas y que no experimentes nunca...

ELENA. No me hables con tanta severidad.

EMILIA. Me pareció que me recriminabas por haberte traido a este medio social... Hija mía, los náufragos no eligen puerto.

ESCENA III

DICHOS y ROSAURA.

EMILIA. ¡Ah, Rosaura!, ¿tampoco tú has querido salir?

ROSAURA. No, ya sabe usted que ahora salgo poco. Y hoy esperaba que nos dejaran solas. No hemos podido hablar en estos días. ¡Tenemos tantas cosas que comunicarnos!

EMILIA. ¿Cómo agradecerte, Rosaura, todo lo que has hecho por mí?... ¡Cómo me defiendes, cómo me amparas contra todos! Ya has oído hoy a tu prima Felisa; yo creo que sólo ha venido para eso, para insinuar que le había parecido ver el hilo de perlas en una casa de compra y venta; que podíamos averiguar quién ha podido llevarlo, y que ella por discreción no ha preguntado. ¡Por discreción!

ROSAURA. Eso ya está casi olvidado.

EMILIA. Gracias a ti.

ROSAURA. Ahora lo que importa es que nunca puedan amenazar a usted con revelaciones, que en realidad, ya no deben tener importancia para usted, si no hubiera gente interesada en dársela... Mi primo Eduardo es un buen muchacho, de sentimientos generosos... Pero cuando se trata del honor... Esto del honor es una palabra tan amplia y tan

vaga... Yo he visto cometer tantas tonterías en nombre del honor, y tantas injusticias, y tantas crueldades... Si alguien con perversa intención hiciera llegar a manos de Eduardo cualquier carta, cualquier prueba de algo, por lo que pudiera creer lastimado el honor de la familia..., sí, sería muy desagradable... Pero contra esa amenaza hay que defenderse con otra amenaza... A esas personas que pretenden explotar el ascendiente que creen tener sobre usted, tanto como el dinero les interesa no perder su situación social, que hoy depende de usted..., de estar admitidos en esta casa, y por todos nosotros.

EMILIA. Sí, eso es lo que ellos temen perder. Por eso se defienden a la desesperada.

ROSAURA. ¡Ah!, muy bien; ya sabe usted lo ocurrido en el Náutico.

EMILIA. Sí. Acabo de recibir una carta de Estefanía rogándome... Para mí que sé leer sus cartas entre líneas, exigiéndome que ese asunto no tenga consecuencias deshonrosas para su hermano, que yo haga todo lo... imposible, para que no sea expulsado por la Junta del Club. Y ya sabes que Eduardo forma parte de ella, y Eduardo no transigirá de ningún modo.

ROSAURA. A Eduardo lo convenceremos..., le convencerá su amigo Jaime... Además, mi padre tiene gran influencia con la Junta directiva del Náutico. Le deben favores de importancia. Anticipó dinero para la instalación, les ha cedido gran parte de sus acciones... Tienen mucho que agradecerle.

EMILIA. Pero tu padre es natural que piense como Eduardo. No estará dispuesto a defender a quien no puede importarle mucho, si no es que le importa desfavorablemente.

ROSAURA. Mi padre hará lo que yo le diga. Mi padre es muy tolerante. En su amor por las antigüedades, el honor lo considera también como antigüedad,

casi como antigualla. El asunto se arreglará a satisfacción. Pero claro es que estamos en el caso de imponer condiciones... Todo cuanto pueda ser para usted una amenaza volverá a su poder...; de otro modo es preferible arrostrarlo todo. Si se atrevieran a dar la batalla, no sería usted la que perdería. Felisa y Eduardo y sus amigos significan mucho en esta casa. Pero mi padre y yo también significamos algo. Mientras mi padre y yo continuemos frecuentando esta casa, sus amistades no dejarán de frecuentarla como hasta ahora. Me atrevo a asegurarlo... ¿Por qué llora Elena? ¿Por qué lloras?

EMILIA. Llora... por mí y por ella. Llora de gratitud... ¿No es verdad, hija mía? ¡Estábamos tan solas! Todos en contra nuestra... Y tú, tú, contra quien más nos habían prevenido...

ROSAURA. Lo suponía. Pero como he odiado toda mi vida las previsiones, me he propuesto desmentirlas siempre... ¿Esperaban ustedes la visita de Estefanía?

EMILIA. Vendrá a saber...

ROSAURA. Déjenme ustedes. Yo hablaré con ella..., con toda claridad, como puede hablarse con las personas inteligentes y prácticas... Esas sólo hacen el mal que les conviene y cuando les conviene. Dios nos libre de las personas de pocos alcances que hacen el mal aunque no les convenga... *(Salen Emilia y Elena.)*

ESCENA IV

ROSAURA y ESTEFANÍA.

ESTEFANÍA. ¡Ah!, perdone, Rosaura... Me habían dicho que estaban aquí Emilia y Elenita.

ROSAURA. Sí, querida amiga. Estaban aquí y vendrán si us-

ted quiere... Pero como el asunto que le trae a usted más depende de mí, he querido ser yo quien hable con usted claramente. ¿Verdad que no debemos andar con rodeos? Yo la tengo a usted por muy inteligente. Usted tampoco me tiene por tonta..., ¿verdad?

ESTEFANÍA. ¡No comprendo qué quiere usted decirme!

ROSAURA. ¡Ah, no; eso no! Estamos aquí para comprenderlo todo, querida amiga. Emilia, la Marquesa, cometió la imprudencia de deshacerse de su hilo de perlas de un modo que a todos pareció inverosímil, que se ha prestado a comentarios para todos los gustos y no muy bien intencionados. Emilia no disponía de dinero en efectivo; le era muy violento explicar para qué necesitaba ese dinero. En su aturdimiento no se le ocurrió cosa mejor... Si continúa usted haciéndose la desentendida..., porque hablo en el supuesto de que usted está enterada de todo.

ESTEFANÍA. No es que me haga la desentendida. Es que me extraña tanto que usted también esté enterada de todo... No creí yo que entre Emilia y usted pudiera existir nunca esa confianza. Pero en fin, si es ella quien se lo ha dicho a usted... Porque supongo que no ha podido ser más que ella.

ROSAURA. Naturalmente.

ESTEFANÍA. Eso es lo que me extraña. Ustedes tan amigas...

ROSAURA. Después de la guerra europea no hay que extrañarse de nada en cuestiones de alianzas... El caso es que usted con el importe de las perlas debía rescatar unas cartas, unos documentos. ¿No es eso? Que una persona poco delicada había substraído a su hermano de usted.

ESTEFANÍA. En efecto.

ROSAURA. Yo sé que las perlas están todavía en poder de usted..., porque usted no se atrevió a deshacerse de ellas, con muy buen acuerdo.

ESTEFANÍA. Comprenda usted. Se ha hablado tanto en estos

días... Aunque sólo los íntimos parecían enterados, ya sabe usted: uno que se lo cuenta a otro en secreto, este otro a uno más en confianza..., acaba por enterarse todo el mundo...

ROSAURA. Entonces... esos documentos..., ¿no han sido rescatados?

ESTEFANÍA. A costa de algún sacrificio mi hermano ha podido recuperarlos...

ROSAURA. ¡Ah!... Entonces Emilia ya no tiene que temer nada. Sólo el peligro de que puedan volver a perderse o a ser robados... Por eso lo más seguro, lo más tranquilizador sería que su hermano de usted entregara de una vez esos papeles...

ESTEFANÍA. ¿A usted?

ROSAURA. ¿Por qué no?

ESTEFANÍA. ¡Ah, vamos! Ahora sí, ya empiezo a comprender... Es que usted desea guardar esas cartas... Muy interesantes, se lo aseguro a usted.

ROSAURA. No lo dudo. Por eso es mi interés. Veo que ha sabido usted ver claro.

ESTEFANÍA. Por supuesto... No podía explicarse de otra manera su interés de usted... Ustedes saben que Emilia ha de hacer cuanto sea posible porque su hija se case con el heredero de esta casa... En el ánimo de todos está que el futuro Marqués no puede casarse más que con usted.

ROSAURA. Pero anda muy reacio.

ESTEFANÍA. No creo que tenga usted nada que temer; Emilia es muy hábil..., pero su primo de usted no puede casarse con una muchacha que si tiene un nombre es gracias a un primer matrimonio de su madre...

ROSAURA. Sí, conozco la historia.

ESTEFANÍA. Que esa sí que no se la habrá a usted contado Emilia... Cuando usted lea esas cartas...; verá usted que interesante todo... ¡Si el pobre Marqués las hubiera leído antes de casarse!...

ROSAURA. Algún día puede leerlas. No habrán perdido su

interés... Unas cartas que valen tanto... ¿Cuánto cree usted que pueden valer?

ESTEFANÍA. En este momento valen...

ROSAURA. Que su hermano de usted no sea expulsado del Náutico; que se reconozca por la Junta su honorabilidad, y que todo quede como si nada hubiera pasado; que ustedes puedan seguir frecuentando esta casa y nuestra sociedad; que yo sea muy buena amiga de usted. ¿Es bastante todo eso?

ESTEFANÍA. Es algo, es mucho. ¿Usted me asegura que mi hermano?...

ROSAURA. ¿No será expulsado del Club? Sí, me atrevo a asegurarlo.

ESTEFANÍA. ¿Sabe usted que su primo de usted es su mayor enemigo en la Junta, que mi hermano hubiera tenido que desafiarle, si no se hallara por el momento en condiciones que le imposibilitan para plantear una cuestión de honor?

ROSAURA. Sí, comprendo que llegadas las cosas a ese extremo será difícil conseguir que...; pero yo cuento con mi padre, que es muy conciliador; cuento con mi tío, con Vélez, con todos mis amigos... Entre todos convencerán a Eduardo.

ESTEFANÍA. Y ¿cómo justificará usted ese interés por mi hermano, por mí? Nunca ha sido usted muy amiga nuestra, como nadie en esta casa.

ROSAURA. Pensarán... lo que quieran. Estoy acostumbrada a que piensen de mí lo más absurdo. Siempre es una ventaja. Mientras piensan en lo absurdo, puede uno hacer lo que le parece, que es lo más que le conviene a uno que no sepa nadie. De cualquier modo, esta misma tarde sabremos a qué atenernos... Usted espera una solución satisfactoria y yo espero esas cartas... ¿Estamos de acuerdo?

ESTEFANÍA. ¿Usted me da palabra de que Emilia no sabrá nunca que yo he sido en esta ocasión más amiga

de usted que de ella? Verdad es que ella, me duele decirlo, porque sabe Dios cuánto la quiero, pero no ha correspondido a lo que yo tenía derecho a esperar. No ha debido olvidar nunca que a mi hermano y a mí nos lo debe todo: la posición a que ha llegado, que su hija tenga un nombre legítimo; no hablo de situaciones apuradas, de su vida, que sólo ha podido salvar gracias a nosotros.

ROSAURA. Sí, mucho tiene que agradecer a ustedes... Aquí llega mi padre con Manolo Vélez y el Doctor. Discuten muy acalorados. Tal vez de nuestro asunto.

ESCENA V

DICHAS, El CONDE, VÉLEZ y JAIME.

VÉLEZ. ¡Hola, Rosaura! Hoy apenas te he visto. Como no hemos almorzado aquí...

CONDE. Señora... *(Saludando a Estefanía.)*

ROSAURA. Sí, es verdad... ¿De qué venían ustedes discutiendo tan acalorados?

VÉLEZ. Una discusión que te interesa... Tu padre ha contagiado a todos de su amor a lo pretérito. Discutía con el Doctor... Parece mentira que un joven y un hombre de ciencia esté por todo lo antiguo. En Arte, en Literatura, en costumbres... Sobre todo con las modas, modales y modos de las muchachas del día no transige... ¿Qué te parece? Doctor, repita usted, si se atreve, delante de Rosaura lo que me decía usted hace poco de esta juventud.

JAIME. ¿Para qué? Mejor es que repita usted su elocuente defensa de todo lo moderno.

VÉLEZ. ¡Señor!, si es que no comprenden ustedes que en este espectáculo del mundo, como los viejos sa-

ben muy bien que no podrán ver lo mucho que aún les queda que ver a los jóvenes, se vengan haciéndoles creer que lo mejor es lo que ha pasado ya, lo que ellos han visto. Oyen a un joven celebrar la hermosura de una mujer: ¡Oh, las mujeres de ahora no valen nada! ¡Con estas modas de las delgadeces! Se aplaude a un tenor: ¡Oh, como ustedes no han oído a Gayarre ni a Massini! A un actor: ¡Aquel Vico, aquel Calvo! ¿Toreros?: ¡Aquel Rafael, aquel Salvador!..., y así en todo... Pues bien: yo, que no quiero ser un viejo embustero, si les afirmo a ustedes, ahora que tanto se habla de revisión de valores, que el único valor positivo de mis tiempos fué el de Salvador Sánchez *Frascuelo*...

CONDE. Por Dios, Vélez, por Dios, no exageremos.

VÉLEZ. Es que si los viejos tuvieran vergüenza, debían ser los primeros en reconocer la superioridad de los jóvenes. ¿De qué pueden ufanarse unos padres que no han sabido educar a sus hijos? ¿De qué puede estar orgullosa una generación que ha dejado tan malos sucesores? Se habla de la inmoralidad de estos tiempos. ¡Señor!, si yo creo que nunca hemos padecido tal empacho de moralidad. Si la gente de ahora se divierte como los niños con cualquier juguete inocente: el auto, el cine, el gramófono, la radiotelefonía... Vamos a ver: ¿cuándo ha habido en la sociedad de Madrid tantas esposas virtuosas y tantos maridos monógamos? En mis tiempos veía usted todas las tardes en el paseo de coches diez o doce trenes a todo lujo, de otras tantas... entretenidas, decíamos entonces, por grandes señores de nuestra aristocracia. Y nadie se escandalizaba. Aquello formaba parte del ornato público... Ahora... todo es vergonzante y baratito. Da pena ver a tanta mujer guapa a pie por esas calles o en malos coches de alquiler... En mis tiempos, en una tar-

de de carreras, lo menos que presentaba un grande de España era tres trenes: un *mail coach* para él y sus amigos, una gran *daumont* para la señora, y otra medio *daumont* para la Pompadour de tanda... ¡Así estaba aquel paseo de la Castellana! Y noto que sin querer me refuto a mí mismo, celebrando las glorias de otros tiempos...; pero es por refutar a los que se escandalizan de la inmoralidad de estos tiempos. Cuando en eso sí que hemos atrasado...

CONDE. ¿Usted cree que la moralidad significa atraso...?

VÉLEZ. Significa pazguatería, por lo menos, y egoísmo, porque los virtuosos en resumidas cuentas son unos comodones. Con lo que cuesta sostener un sólo vicio se pueden sostener todas las virtudes...

ROSAURA. ¿Han almorzado ustedes en el Náutico?

JAIME. Sí.

ROSAURA. ¿Eduardo también?

JAIME. Sí, también Eduardo.

ROSAURA. Y se ha hablado de ese asunto..., ya saben ustedes.

VÉLEZ. ¡Ah! Claro que se ha hablado. Pero está aquí la hermanita... Ya te diré... Muy desagradable todo, muy desagradable...

ROSAURA. *(A Estefanía.)* Ahora mismo hablaré a mi padre.

ESTEFANÍA. Yo dejo a usted. Así podrá usted hablarles con mayor libertad. Usted dirá cuándo puedo saber...

ROSAURA. *(Muy efusiva.)* ¿No faltará usted esta tarde a tomar el te? También vendrá su hermano de usted... Les esperamos a ustedes. Ya sabe usted que siempre tenemos mucho gusto en verles, y en esta ocasión con mayor motivo. Ni mi padre, ni yo, ni ninguno de estos señores, ha creído nunca que su hermano de usted haya podido cometer ninguna incorrección... ¿Verdad, señores, que ustedes no lo han creído, que no lo cree nadie...? Hasta luego, querida amiga, hasta luego. *(Sale Estefanía.)*

ESCENA VI

ROSAURA, el CONDE, VÉLEZ y JAIME.

CONDE. ¡Pero Rosaura, hija! Cualquiera te entiende. Siempre te había parecido muy mal esta señora y de pronto..., tan efusiva con ella, rogándola que no falte al te esta tarde, que no falte su hermano tampoco. Pues sí que se te ha ocurrido a tiempo la invitación. No sabes que Eduardo casi ha desafiado al hermano de esta señora, no sabes que a estas horas le habrán expulsado del Náutico, no sabes...

ROSAURA. Sé que ahora mismo vas a ir tú a impedir que nada de eso suceda.

CONDE. ¿Yo? Tú estás loca, hija mía.

ROSAURA. Después de todo, ¿qué ha sucedido para esas determinaciones tan destempladas? Fernando Montes no ha hecho más que defender a un amigo suyo, al que alguien acusaba de una incorrección en el juego.

CONDE. Pero ese amigo es un caballero de industria.

ROSAURA. ¿Y por qué le habían admitido en el Club?

CONDE. Porque le presentaron personas de respetabilidad...

VÉLEZ. Sí, lo de siempre. En estos círculos sociales, en donde sólo se vive del buen parecer, en cuanto el diablo tira de la manta por cualquier punta, unos más otros menos, nadie escapa de cómplice o de encubridor. Por eso lo más prudente es taparse unos a otros todo lo que se pueda.

CONDE. A mí no podrán decirme que haya presentado nunca a personas de que yo no estuviera tan seguro como de mí mismo. Pero en estos tiempos se ha abierto la mano y éste es el resultado. Yo sé que Montes personalmente no ha cometido ninguna incorrección; si salió a la defensa de su

amigo fué porque en realidad la jugada era muy discutible. Hubo nerviosidad, no puede probarse que hubiera mala fe.

ROSAURA. ¿Lo ven ustedes? Digan ustedes que se buscaba un pretexto para poner a Fernando Montes en entredicho y con él... a otras personas... A nosotros en primer término.

CONDE. ¿A nosotros? ¿Por qué? Yo si saludo a ese sujeto es...

ROSAURA. Porque está admitido en todas partes, porque no hay razón para no admitirle, porque es un caballero y su hermana una mujer distinguida, inteligente...

CONDE. ¡Vaya, eres incomprensible!

ROSAURA. ¡Incomprensible! Es una palabra que tiene el don de atacarme a los nervios... Bueno; lo que yo te digo es que ahora mismo vas a ir al Náutico, y vas a hablar con todos los de la Junta, y vas a convencerles de que Fernando Montes no ha cometido ninguna incorrección, que tú respondes de él como de ti mismo.

CONDE. ¿Yo? Déjame de belenes. Yo no respondo de nadie. Allá cada uno.

ROSAURA. Manolo, convence a mi padre. Tú ya sé que estás convencido.

VÉLEZ. ¿Yo? ¿De qué?

ROSAURA. De que tengo mucha razón. Llévate ahora mismo a papá y no volváis sin haberlo arreglado todo. Ahora mismo, ahora mismo. No me digas que no puede ser.

CONDE. ¿Pero ustedes oyen? ¿Pero qué te importa a ti, muchacha, ésto? ¿Por qué ese interés por unas personas que a nosotros particularmente, por todo lo que se dice, por lo que sabemos?...

ROSAURA. Lo que se dice... No incurras en esa vulgaridad. Y no me contraríes como siempre.

CONDE. ¡Como siempre! Pero no comprendes que nadie va a poder explicarse que yo...

ROSAURA. ¡Qué afán de buscar razones para todo! ¿Quieres una razón? Yo tengo que agradecer un favor a la hermana de Fernando Montes.

CONDE. ¿Qué favores tienes tú que agradecer a esa señora? Pero si apenas la saludabas. Me trastornas, me quitas la vida...

ROSAURA. Manolo sabe que es verdad.

VÉLEZ. Sí, yo lo sé todo.

ROSAURA. Y el Doctor lo sabe también, ¿verdad, Jaime?

JAIME. Si me pone usted en el caso de mentir a cada momento...

ROSAURA. No, el Doctor no sabe nada. No vaya usted a condenarse por una mentira. Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué no habéis ido ya? Vamos, Manolo, tú que no eres tan serio, ni tan puritano... Comprenderás que cuando yo os pido que lo arregléis todo en seguida..., es por algo, por algo.

CONDE. Por algo... ¡Vaya usted a saber!

VÉLEZ. Vamos, Conde. No contrariemos a Rosaura. Yo siempre creo en ella, hasta cuando se equivoca... Sus razones tendrá.

CONDE. Pero ¿no comprende usted, amigo Vélez..., que voy a ponerme en ridículo?...

VÉLEZ. Sí, comprendo. Pero, después de todo, mire usted: si se expulsa a Montes y a su amigo, hay que expulsar a Robledo, que presentó al amigo; y Robledo es secretario de Mondéjar, y Mondéjar es cuñado de Ibarrola, y a Ibarrola..., ya sabe usted lo que le sucedió el verano pasado con el hermano de aquella amiga suya... Y, en fin, que para vivir en sociedad, lo mejor es acarrarse, como los borregos en el campo, para darnos sombra unos a otros. Créame usted, créame usted... *(Salen el Conde y Vélez.)*

ESCENA VII

ROSAURA y JAIME.

ROSAURA. *(Al ver que Jaime no habla, coge un libro de varios que habrá sobre una mesa, o en un pequeño estante, y sale. Jaime queda dudoso un momento, coge otro libro, y sale también. A poco vuelve a cambiar el libro por otro y en seguida vuelve Rosaura; el mismo juego. Sorprendida al ver a Jaime.)* Por otro libro...

JAIME. También yo... Por otro libro...

ROSAURA. No encontrará usted nada serio. Novelas...

JAIME. ¿Cuál le parece a usted mejor?

ROSAURA. Yo tengo un gusto pésimo para mis lecturas... Folletinescas... Elija usted mismo. *(Viendo que Jaime ya no se acuerda para nada del libro.)* ¿No se decide usted?... ¿Qué quiere usted decirme?... Sabe usted que hay preguntas indiscretas...

JAIME. Por eso me abstengo de preguntar nada.

ROSAURA. Pero le advierto a usted que hay silencios más indiscretos que las preguntas. El de usted en este momento.

JAIME. ¿Cómo puede ser indiscreto un silencio?

ROSAURA. Cuando lo que se desea es preguntar, y no se pregunta por miedo a saber... Yo le hice a usted cómplice de una mentira, y usted no me ha preguntado todavía por qué le obligué a usted a mentir... Por cierto que mintió usted muy mal..., sí, sí... Hablaba usted entre dientes, sin atreverse a mirar a nadie, parecía como si quisiera usted decir: Háganme ustedes el favor de no creer una palabra de lo que estoy diciendo, y así fué... ¡Sabe Dios lo que habrá usted pensado de esa complicidad y de mí! Ahora me ha visto usted interesada por algo... que usted no se explica, no com-

prende. ¿Qué puede a mí importarme de Fernando Montes, ni de lo ocurrido en el Náutico, ni de su hermana?... ¿Por qué parezco con mi padre, al pedirle su intervención en ese asunto, una chiquilla caprichosa, mimada? ¿Por qué todo ésto? ¿Y por qué me importa que usted quiera saber la razón de todo?...; ¿y por qué me importa que usted no crea de mí... lo que yo misma he creído siempre, porque yo misma no he podido saber nunca cómo soy, lo que soy?... En esta existencia tan fácil, tan frívola, ¿cómo puede uno saber de lo que es capaz, ni para lo bueno ni para lo malo? Yo quisiera saberlo... Sí, aun a costa de nuestra tranquilidad, es necesario en nuestra vida una ocasión en que poner a prueba el temple de nuestro carácter; algo que pueda darnos la medida de nosotros mismos. La paz, sin haber pasado por la guerra, es una triste cosa... La paz sólo puede tener un nombre glorioso: La victoria.

JAIME. Nuestra pobre vida no es por lo regular más que una serie de acciones insignificantes; con ellas nos disgregamos, nos perdemos... Sólo una acción fuerte, intensa, puede unificarnos, por decirlo así. Pero no siempre hay ocasiones de mostrarse heroicos; aun en esas ocasiones, ¡qué sabemos lo que pertenece a la ocasión y lo que nosotros ponemos!... Pero ya dijo Hamlet que el heroísmo acaso esté en buscar las ocasiones, no en esperarlas...

ROSAURA. No creí yo pensar como Hamlet; me lisonjea...

JAIME. De Hamlet todos tenemos un poco; siempre que la acción nos solicita y el pensamiento nos acobarda... Cansada de esperar, ¿ha buscado usted una ocasión heroica?

ROSAURA. Ni la ocasión es extraordinaria, ni puede serlo el heroísmo. He querido hacer algo... Eso es todo. Mezquina la empresa, mezquinos los me-

dios, no muy nobles las armas...; intriguillas de sociedad, mis nervios de niña mimada... Ya ha visto usted... Eso es todo...

JAIME. Pero si usted está segura de haber hecho bien...

ROSAURA. Yo, sí. Sólo me falta una seguridad.

JAIME. La de que les parezca bien a los demás.

ROSAURA. No; ese es mi miedo.

JAIME. ¡Tan triste opinión tiene usted de los demás!...

ROSAURA. De todos, no... Usted no sabe lo que yo pensaría de quien..., aunque yo hubiera hecho mal, creyera siempre que había hecho bien.

JAIME. Y si yo lo creyera, si yo no pudiera creer otra cosa de usted... siempre.

ROSAURA. Espere usted. No nos engañemos... Y no quiero decir uno a otro; quiero decir a nosotros mismos.

ESCENA VIII

DICHOS y EDUARDO.

EDUARDO. ¡Hola, Jaime!

JAIME. ¡Hola! ¿Qué te sucede? ¿Otro disgusto en el Círculo?

EDUARDO. Ya no te irás tú solo; por pronto que te vayas me iré yo antes, hoy mismo.

JAIME. No, Eduardo. Vas a disgustar a tu padre.

EDUARDO. ¿Qué importa? Desde que esta casa no es suya, mal puede serlo mía. Cualquiera dispone, manda en ella... Sólo nos faltaba la nueva alianza... Tenía que suceder... Habían de entenderse.

ROSAURA. Empiezan las alusiones...

EDUARDO. No, sin alusiones, hablaré muy claro. ¿Puedes decirme por qué ese interés en favor de los amigos de esta señora? ¿Por qué has obligado a tu pobre padre a ponerse en ridículo solicitando de la Junta del Náutico, como favor especialísimo que no se llegará a ningún extremo violento,

que todo quede como si nada hubiera sucedido, como si nada se supiera? Claro es que a tu padre no se le podía negar. Ya estás satisfecha. Pero ahora sí, esas personas no volverán a poner los pies en esta casa, aunque tú los protejas, aunque tu padre les autorice...

JAIME. ¡Eduardo! No creo que valga la pena; por lo que yo he oído, el asunto no es tan grave...

ROSAURA. El asunto era poner en evidencia a esa persona por el solo delito de su amistad con Emilia. Se buscaba un pretexto; cualquiera era bueno.

EDUARDO. En tu casa, con tu padre puedes imponer tu... falta de criterio moral. En esta casa, por lo menos mientras yo esté en ella, sabré imponer el mío.

ROSAURA. No es muy generoso. Me quedo con el mío.

EDUARDO. Es natural. ¡Has de necesitarlo tantas veces!

ROSAURA. Es posible. ¿Quién sabe lo que la vida puede depararnos? Es preciso ser muy fatuo para asegurar de una vez para siempre nuestra conducta futura.

EDUARDO. Cuando no se está muy seguro de nuestra conducta futura..., como tú dices, no es mala precaución rodearse de gentes de amplio criterio moral... Tolerancia. ¿No es eso? Así viviremos en la más agradable sociedad; así, el día menos pensado, por esta urdimbre de tolerancias y complicidades, alguno de los retratos que con la más expresiva dedicatoria figuran en nuestras habitaciones, al lado, muchas veces, de los retratos de nuestros padres, de nuestros hermanos, lo vemos con espanto aparecer en algún periódico, entre los de una banda de estafadores y criminales.

ROSAURA. Por suerte o por desgracia no creo que estamos rodeados de gente tan importante.

EDUARDO. Deja ese fácil humorismo que tú crees de una gran distinción espiritual. No están los tiempos

para jugar con las palabras ni con las ideas. Hoy todos estamos frente al enemigo y no hay nadie, ni grande ni pequeño, que no tenga una gran responsabilidad de sus acciones y de sus palabras.

ROSAURA. Perdona... Si yo hubiera sabido la trascedencia de mi intervención en este asunto...

EDUARDO. Intervención inexplicable en favor de ese hombre... Ese hombre, traído a esta casa por esa señora que hoy lleva el nombre de mi padre..., ¡nuestro nombre! Ese hombre, uno de tantos de los que viven y campan en sociedad valiéndose de unas amistades para captar otras, de los que nadie sabe decir lo que son ni de dónde proceden. ¿Usted sabe quién es éste? No sé; sé que es amigo de Fulano..., por él lo conozco... Se pregunta a Fulano: ¿Usted le conoce? Yo le conozco porque es muy amigo de Mengano... Siempre es el amigo de otro, y así logran ser amigos de todo el mundo, vivir entre la mejor sociedad, lograr crédito, que un día se aprovecha para dar por fin el golpe, que a todos sorprende y a todos asusta... Pues bien: yo no quiero que esta casa sea guarida en que se prepare ningún golpe. Ya lo sabes; esas personas no volverán a poner los pies en esta casa, por lo menos mientras yo esté en ella. Estaré muy poco. Mañana lo más tardar me iré a Madrid y pronto allá otra vez. Ya lo sabes, Jaime, nos iremos juntos.

ROSAURA. ¿También quieres complicar a Jaime en tu indignación y en tus desconfianzas?

EDUARDO. Mal haría en quedarse.

ROSAURA. Está bien. Sólo te advierto que Fernando Montes y su hermana vendrán esta tarde a tomar el te invitados por mí particularmente. Espero, te agradeceré que no cumplas lo que has prometido. Sería lamentable para todos...

EDUARDO. Para todos los cómplices...

ROSAURA. No hay complicidad de nadie. Soy yo, yo sola, la

que necesita que esas personas sean hoy recibidas en esta casa.

EDUARDO. Y yo me opondré a ello. No les basta con exigir dinero..., quieren también consideración social. Ese es el precio de su *chantage,* de los secretos que guardan, para ofrecerlos al mejor postor.

ROSAURA. No, Eduardo. ¿Quieres saberlo todo? Pues bien, soy yo, yo la que necesitaba recoger unas cartas imprudentes... Mías... Estefanía se ofreció a ello, porque tiene gran ascendiente con la persona que podía devolverlas. Lo menos que yo podía hacer era influir para que su hermano no fuera expulsado del Club... Esa es toda la complicidad. Ni Emilia, ni el nombre de tu padre, ni está casa, tienen nada que ver en todo esto. Son mis locuras, mis imprudencias... de chiquilla mal educada. ¿Lo dudas? Será la primera vez que no crees algo malo de mí.

EDUARDO. ¿Tú dirás qué puede creerse? ¿Cómo podía yo explicarme tu interés por esas personas?

ROSAURA. Ahora... ya te lo explicas.

EDUARDO. No sé, no sé... ¿No podías haberte servido de personas más dignas?... Yo mismo hubiera obligado a quien fuera a...

ROSAURA. ¿Tú? No. Hubieras empezado por acusarme; me hubieras asustado..., no me hubiera atrevido a confiarte nada... Los impecables no servís para confesores..., ni para amigos siquiera.

ESCENA IX

DICHOS y ELENA con muchas flores.

ELENA. Perdonen ustedes. Creí que estarías sola.

ROSAURA. ¿Me buscabas?

ELENA. Sí. Mamá te agradecería que nos ayudaras a dis-

ponerlo todo... Tú tienes más costumbre, mejor gusto... ¿No te molesta?

ROSAURA. Al contrario. Vamos cuando quieras... *(Salen Rosaura y Elena.)*

ESCENA X

EDUARDO y JAIME.

EDUARDO. Como si fuera su mejor amiga. ¡Chiquilla sin juicio!... No... Y será verdad todo lo que ha dicho...

JAIME. ¿Tú lo has creído?

EDUARDO. ¿Cómo no creerlo? Son sus atrevimientos... Lo mismo que la carta que sorprendió una mujer celosa y corrió de mano en mano para dar que reír..., es cierto; pero qué triste es que una mujer haga reír a los necios y a los desocupados... Lo mismo habrá escrito otras cartas..., a cualquiera, con la misma despreocupación, con la misma ligereza. Habrán caído en manos de alguien poco escrupuloso. Esa señora se habrá ofrecido a recuperarlas...; ¡qué más quiere esa gente que poseer el secreto de una debilidad, de una imprudencia de quien puede servirles para sus fines!... Esa gente sabía que sólo por Emilia su situación en esta casa no era muy segura y han buscado el modo de congraciarse con Rosaura, y ella les ha dado los medios con sus imprudencias... Sí, eso ha sido... De otro modo no puede explicarse su interés en que sigan siendo admitidos por todos nosotros, cuando ella es la primera en saber de qué clase de personas se trata, cuando sabía que yo estaba dispuesto a todo para que no volvieran a presentarse en esta casa... Y ahora pueden hablar alto, ya cuentan con mi prima, la niña mimada en sociedad, porque es el juguete a la moda

que les divierte, hasta el día en que se cansen de él y lo destrocen... como a todo el que se presta a servir de juguete. No quisiera más que ser ahora su hermano.

JAIME. ¿Nada más que su hermano? Estoy seguro de que Rosaura ha mentido... Por heroísmo, un pequeño heroísmo... Rosaura vale más de lo que tú crees... Es decir, vale todo lo que tú deseas que valga.

EDUARDO. Claro está que lo desearía... Me duele que al despreciar el juicio que puedan tener de ella los indiferentes, desprecie también el de los que la estiman y la quieren.

JAIME. Como tú la quieres...; no eres franco conmigo, Eduardo... No lo has sido nunca que te he hablado de ésto... Tal vez no lo has sido contigo mismo.

EDUARDO. ¿Qué quieres decir? No te entiendo.

JAIME. ¿Me permites que por un instante me revista de la investidura profesional para hacer un diagnóstico?

EDUARDO. ¿Qué piensas?

JAIME. *(Tomándole el pulso.)* Que estás enamorado de tu prima...; que el padecimiento es antiguo, y que lo has descuidado mucho...

EDUARDO. ¡Bah! Deja esas bromas. Pues sí que es para creerlo por nada de lo que nos has oído...

JAIME. ¿Por qué? ¿Por tus recriminaciones, por tu indignación? Cuanto más calor ponías en ellas, más sonaban a cariño; cariño que se defiende, es verdad, cariño que busca razones para no querer...

EDUARDO. Permíteme a mi vez que te diga que en esta ocasión no se acredita tu ciencia de perspicaz. Tus observaciones adolecen de ciencia a la moda, esa *psicoanálisis* tan sugestiva y tan ocasionada a equivocaciones...

JAIME. Cuando el paciente no se presta a la confrontación consigo mismo. Y si yo te dijera que Rosaura también te quiere, acaso también... sin quererlo saber.

EDUARDO. ¡Bah! Y si te digo que eres tú el que habla como celoso...

JAIME. ¿Celoso? No, te lo aseguro. Te diré que tu prima, a otro más vanidoso que yo, hubiera podido hacerle creer que le interesaba... A mí, no; he visto claro que si algo le interesaba en mí, era el juicio que yo pudiera formar de ella, la seguridad de si un hombre serio sabría apreciar sus buenas cualidades, de que ella misma desconfiaba; yo he sido para ella el espejo a que se ha asomado para saber después de haberse visto en él, como ella deseaba, si podía enamorar al que ella quería... ¿Tú crees que si de mí le importase se hubiera acusado delante de mí de imprudencias... que no ha cometido?

EDUARDO. Delante estaba yo también. Si le importa de mí como dices.... estamos en el mismo caso...

JAIME. No. Ante ti se ha acusado con demasiada saña contra ella misma, como respuesta a tus desconfianzas, a tus sospechas...; como quien se complace en agravar un peligro, porque está seguro de salvarlo; como quien sabe que podrá probar que mintió al acusarse, y que hicieron mal los que creyeron verdad la acusación.

EDUARDO. Entonces, ¿tú crees que Rosaura ha mentido..., que se ha calumniado?...

JAIME. No lo dudes. No ha hecho otra cosa en toda su vida. Ni de este diagnóstico, ni del otro, rectifico en nada.

EDUARDO. Pero ¿tú..., tú no sabes que yo deseaba verte enamorado de Rosaura..., por ella y por ti? Creía que eras el único capaz de comprender lo que, a pesar de todo, yo sé que hay de bueno en ella.

JAIME. ¡Qué generosidad si en efecto estabas seguro de las buenas cualidades de tu prima! Muchas gracias si desconfiabas de ellas y buscabas a mi costa el desengaño. Tú, como ella, buscabas tu seguridad. No estabas seguro de lo que pensabas

de ella, y querías saber si estabas o no equivocado. Como el que va al teatro, le agrada la comedia, pero no se atreve a tener opinión, hasta que lee los periódicos al día siguiente... Si yo tuviera vanidades de conquistador, mi situación sería muy poco airosa; por fortuna, mi amor propio como hombre de ciencia se ha salvado; ¿tú crees que valía la pena de haberte operado tan cerca del corazón para no conocerle? Atrévete a negar que esta operación no ha sido también certera...

EDUARDO. No lo sé. Acaso sí, es posible... Pero tú crees, tú estás seguro de que ella..., y estás seguro de que ha mentido, y estás seguro...

JAIME. Basta, basta. No me pidas tantas seguridades. Mi ciencia se limita en esta ocasión a diagnosticar... Recordemos a Hipócrates. El arte es largo, la vida es breve, la experiencia dificultosa...

EDUARDO. Viene mi tío con mi padre y Vélez. Vendrán del Club... No quiero verlos, no quiero saber nada.

JAIME. ¿Para qué? Ya sabes todo lo que necesitabas saber... Vamos...

ESCENA XI

El MARQUÉS DE LAS TORRES, el CONDE y VÉLEZ.

MARQUÉS. Me felicito y les felicito a ustedes por tan satisfactoria solución. No podía por menos. No había razón para otra cosa.

CONDE. Por fortuna se han convencido pronto.

VÉLEZ. Como siempre, los más recalcitrantes eran los que cualquier día pueden verse en el mismo caso. La competencia es dura. Como decía una amiguita mía en el Casino de Deauville: Si van a permitir entrar aquí a todas, ¿cómo vamos a distinguirnos?

CONDE. Ya estará contenta mi hija. Nunca la he visto con tanto interés por nada. ¿Dónde está? Vamos a decírselo.

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA JACOBITA.

D.ª JACOB. ¿Dónde está Emilia? ¿La han visto ustedes?

MARQUÉS. Estará vistiéndose para el te.

D.ª JACOB. Pero ¿quién sabía que esta tarde tendríamos aquí gente? Nadie me ha dicho nada. Verdad es que yo importo tan poco...

MARQUÉS. Sí, Jacobita; si se habló de ello anoche y esta mañana en el almuerzo.

D.ª JACOB. No he oído nada, y el caso es que... Yo no sé qué hacer ahora, es un apuro...

MARQUÉS. Pero ¿qué te ocurre?

D.ª JACOB. Que habíamos quedado en reunirnos las señoras de la Junta de la Novena a la Virgen de los pescadores y van a encontrarse con la gente del te.

MARQUÉS. Y que hoy es con música. Los muchachos querían bailar esta tarde.

D.ª JACOB. ¡Figúrate! ¿En dónde meto yo a esas señoras?

VÉLEZ. Sí, en efecto; organizar una novena a los... desacordes de un *jazz-band*...

D.ª JACOB. Como yo soy la última en enterarse de todo... Como yo no soy nadie en esta casa...

MARQUÉS. No seas chiquilla. Las recibes en mi despacho. Desde allí apenas se oye la música.

ESCENA XIII

DICHOS, FELISA y GILDO.

FELISA. ¿Qué tal? Jacobita..., Olegario...

MARQUÉS. ¡Qué puntualidad!

FELISA. Venimos a deciros que no podemos venir, mejor dicho, que no podemos quedarnos al te. Pero no dirá Emilia que ahora, poco o mucho, no venimos todos los días...

MARQUÉS. Así debe ser... ¡Siempre tan divertidos!

FELISA. ¡Ay, no, aburridísimos! Y yo siempre con una intranquilidad... Esperando que a Gildo le metan en la cárcel. Como no sabe decir más que lo que piensa... Ya se lo digo: A ver si por una tontería tenemos un disgusto.

VÉLEZ. *(Aparte al Conde.)* Felisa daría cualquier cosa por ver en la cárcel a su marido. Cree que eso le colocará muy bien para el día de una restauración.

GILDO. No haga usted caso a Felisa. Yo no digo nada, ni el más ligero juicio, yo no tengo opinión. Obediencia al jefe es la consigna.

VÉLEZ. Y el jefe...

GILDO. Consagrado al estudio. Ahora prepara un libro en que se demuestra hasta la saciedad que el país nunca estuvo tan mal como ha querido suponerse.

VÉLEZ. Eso he pensado yo siempre. Pero, amigo mío, ustedes entre unos y otros, cuando les tocaba de oposición eran los primeros en hacérnoslo creer..., y tanto lo dijeron ustedes que acabamos todos por creerlo. No se quejen ustedes ahora, porque al desacreditarse unos a otros, fué en lo único que les hacíamos a ustedes caso. Y que son muy peligrosas las peloteras familiares en presencia de los niños y de los pueblos...

ESCENA XIV

DICHOS, EMILIA, ELENA y ROSAURA.

EMILIA. Señores..., Felisa...

FELISA. Ahora no dirá usted que no frecuento esta casa.

EMILIA. Es verdad...

D.ª JACOB. Pero yo no sabía que esta tarde tendríamos tanta gente.

MARQUÉS. Jacobita está muy apurada. No sabe qué hacer con las señoras de la Novena.

EMILIA. Pueden tomar una taza de te. Ya empieza a llegar gente. ¿Les parece a ustedes que pasemos al jardín?

FELISA. ¡Preciosa *toilette,* Emilia, de muy buen gusto!

EMILIA. Eres muy amable... ¿Nos acompañan ustedes?

MARQUÉS. Sí, vamos...

ROSAURA. Manolo, tú quédate..., te necesito. *(Salen todos menos Vélez y Rosaura.)*

ESCENA XV

ROSAURA y VÉLEZ.

VÉLEZ. ¿Hay novedades?

ROSAURA. Necesito que entretengas a Eduardo en la sala de billar, en cualquier parte, para evitar que esté aquí cuando llegue Fernando Montes con su hermana.

VÉLEZ. ¿Insiste en dar un espectáculo?

ROSAURA. No sé. Le ha molestado tanto que yo haya intervenido en favor de Montes... Le he dicho las razones que tenía para ello y aún ha sido mayor su indignación...

VÉLEZ. Tales pueden ser las razones...

ROSAURA. ¿Cuáles crees tú que pueden ser?

VÉLEZ. ¡Qué sé yo! Lo que temo es que te hayas comprometido demasiado con esa gente, que no merece que te intereses por ella.

ROSAURA. Ellos ya sé que no... Me intereso...

VÉLEZ. ¿Por quién?

ROSAURA. Por quién ha de ser, por mí...

ESCENA XVI

DICHOS y EDUARDO.

EDUARDO. Montes y su hermana llegan en este momento... Tú dirás lo que debo hacer..., si no eres tú quien les advierte que deben retirarse de esta casa...

VÉLEZ. Eduardo, nada de violencias.

ROSAURA. Te he dicho la verdad. He sido yo quien les ha invitado... Necesito, ¿lo entiendes?, que en esta casa no se les haga el menor desprecio. Así lo he prometido. Es cuestión de honor para mí... Y puedes interpretar la palabra honor en este caso del modo más caballeresco...

EDUARDO. ¿Tanto te importa recoger esas cartas?

ROSAURA. Tanto...

EDUARDO. Y si yo te dijera que no lo creo, que no es esa la razón de tu interés ni puede serlo...

ROSAURA. No tengo el menor interés en convencerte... Si esa razón no te convence busca otra... *(Viendo llegar a Fernando Montes y a Estefanía.)*

ROSAURA. Pero puedes convencerte muy pronto...

EDUARDO. Seguramente...

ESCENA XVII

DICHOS, ESTEFANÍA, el CONDE, FERNANDO MONTES y el MARQUÉS DE LAS TORRES.

CONDE. Aquí está Rosaura... Estefanía preguntaba por ti.

MONTES. *(A Rosaura.)* Permítame usted que le agradezca en cuanto valen sus buenas ausencias... Ya me ha dicho mi hermana que he tenido en usted mi mejor defensora. Sabré agradecerle siempre...

ROSAURA. En esta casa no tienen ustedes más que buenos amigos.

MONTES. Quiero creerlo... Aunque yo sé que hay alguien...

ROSAURA. No tema usted... *(A Estefanía.)* ¿Recogió usted mi encargo?

ESTEFANÍA. Sí. ¿Desea usted que lo entregue ahora mismo?

ROSAURA. Sí. ¿Por qué no?

ESTEFANÍA. *(Entregándole un paquetito de cartas.)* Aquí tiene usted. *(Rosaura lo deja sobre la mesa.)*

ROSAURA. Mil gracias. ¿Cómo pagar a usted?

ESTEFANÍA. Que su buena amistad me corresponda siempre.

VÉLEZ. *(A Eduardo, aparte.)* Pero ¿quieres decirme qué significa esto?

EDUARDO. No sé cómo puedo contenerme. Era verdad.

VÉLEZ. Verdad, ¿qué? ¿Qué secretos puede haber entre Rosaura y esa señora?... Me asustan sus locuras...

ROSAURA. ¿No han saludado ustedes a Emilia todavía?...

ESTEFANÍA. No... Entramos por la biblioteca; aún no hemos pasado al jardín... Creo que está muy animado...

ROSAURA. Sí, mucha gente. Vayan ustedes... Papá, acompaña a Estefanía. *(A Montes.)* Usted conmigo...; Manolo, hazte cargo de este paquetito hasta que yo lo recoja. ¿No vienes tú, Eduardo?... Hasta ahora.

EDUARDO. *(A Rosaura.)* No dirás que no he soportado su presencia... Ya estarás satisfecha...

ROSAURA. Sí lo estoy... Más de lo que puedes figurarte. *(Salen todos menos Eduardo y Vélez.)*

ESCENA XVIII

EDUARDO y VÉLEZ.

VÉLEZ. Son éstas las cartas, y son de Rosaura, y son comprometedoras...

EDUARDO. Ella lo dice.

VÉLEZ. Y yo no lo creo... Rosaura quiere burlarse de alguien...

EDUARDO. No será de mí...; trae esas cartas. *(Quitándole las cartas de la mano.)*

VÉLEZ. ¿Qué vas a hacer?

EDUARDO. Llama a Rosaura... Dile que las cartas están en mi poder, que te las he arrebatado a la fuerza, que estoy decidido a leerlas..., a saber la verdad... Veremos si se apresura a impedirlo.

VÉLEZ. Si no es más que eso... En seguida. Pero oye, prométeme que no harás lo que dices, que no leerás esas cartas...

EDUARDO. Llama a Rosaura... *(Sale Vélez.)*

ESCENA XIX

EDUARDO y después JAIME.

EDUARDO. *(Eduardo queda con las cartas en la mano, y después de dudar, desata el paquete.)* ¡Bah!

JAIME. *(Al ver lo que se dispone a hacer Eduardo corre a detenerle.)* ¿Qué vas a hacer?

EDUARDO. Es tan fácil salir de dudas...

JAIME. Pero es una indignidad..., cualquiera que sea el secreto...

EDUARDO. Con guardarle yo a mi vez..., qué importa que yo sepa...

JAIME. Argucias contigo mismo... ¿Ves como yo tenía

razón? Si no la quisieras no cometerías por ella esa indignidad...

EDUARDO. Pues bien, tienes razón..., pero no me detengo...

JAIME. Espera todavía... Si esas cartas no fueran de Rosaura, si fueran de otra persona... ¿Me prometes que no tomarás ninguna determinación contra ella?

EDUARDO. Es que tú sabes...

JAIME. Es una sospecha..., una suposición...; Rosaura me habló antes... Espera...

ESCENA XX

DICHOS y EMILIA.

EMILIA. Yo suplico a usted que no lea esas cartas... No por mí, por Rosaura.

EDUARDO. ¿Por ella?

EMILIA. La ofende usted sólo con dudar. Y ¿por qué duda usted? Porque no puede usted explicarse el desinterés de una acción noble, generosa...; porque es más fácil creer que Rosaura ha podido comprometerse por una ligereza de las suyas... que por defender y amparar a quien se halla indefensa ante un pasado que es siempre acusación y amenaza... ¿no es eso lo que usted cree?... ¡Pobre Rosaura! No sospechaba ella que tan pronto iba a tener un pasado, por el que han de juzgar ya toda su vida...

EDUARDO. Entonces..

EMILIA. No le digo a usted... lea usted esas cartas..., porque Rosaura sería quien se ofendiera... Rosaura necesitaba, quería creer en ella...; pero necesitaba también creer... en los que la quieren... Por eso no le digo a usted: lea y no dude más de Rosaura, porque esas cartas son ya más un secreto de su corazón que un misterio de mi vida.

EDUARDO. Aseguro a usted que yo no sospechaba siquiera que pertenecieran a usted...

EMILIA. Sí, esas cartas son de un pasado todo lo vergonzoso que usted se imagina, pero un pasado que yo no oculté nunca, aunque no dudo que en esas cartas no parezca más implacablemente acusador... Pero yo espero, yo sé... que el deseo de dignificarme, de redimirme, el haber aceptado del hombre generoso que supo perdonarlo todo una posición, de la que yo sabré hacerme digna, se lo juro a usted por lo más sagrado para mí..., por mi hija..., no puede merecer de usted, que es noble por su sangre y por su corazón, otra cosa que el respeto, por lo menos, la compasión que no negaría usted a cualquier mujer más indigna que yo, sólo por ser mujer... Pero si usted cree que lo que he sido es lo único que asegura en la vida lo que he de ser ya siempre, yo acepto lo que usted disponga de mí como una sentencia inapelable. Saldré de esta casa con mi hija..., me iré muy lejos, donde nadie sabrá que llevé nunca el nombre de su padre de ustedes ni los títulos de esta casa... Pero yo sé que su padre de usted no podría olvidarme, que para él sería una gran tristeza verse separado de mí... Los hijos son egoístas... Poco antes mi hija me culpaba también..., y así todos...; unos por sus amores, otros por su ambición, van adonde la vida los llama; se desentienden de los padres cuando más necesitan los padres de su cariño, de sus cuidados..., y luego se sienten ofendidos si los padres buscan en un afecto extraño el cariño que en los hijos les falta... No fuí yo, que poco hice, Dios lo sabe, y menos por intrigas ni engaños, quien se entró en esta casa; fueron ustedes, los hijos, los que me trajeron a ella... Su corazón estaba tan lejos de su padre de ustedes, de esta casa... ¿Por qué ahora les ofende la presencia en ella del cariño ex-

traño? ¿Y por qué dudar de mi gratitud, y por qué humillarme a cada paso con sospechas y desconfianzas, que el mismo temor de sentirlas siempre hasta parece justificarlas?... No desmienta usted su nobleza, Eduardo... Piense usted que es siempre más noble engañarse alguna vez que desconfiar siempre. Y si algún día... mi conducta justifica esa desconfianza..., sea usted inexorable en la humillación. Le bastará a usted con recordarme que ahora ha sabido usted ser compasivo... Ya lo sabe usted: Rosaura rescató para mí esas cartas...; para ello no ha dudado en poner su virtud en sospecha... Pero usted no debió dudar nunca.

JAIME. Acaso Rosaura lo deseaba para avalorar su acción generosa.

ESCENA XXI

DICHOS, ROSAURA y VÉLEZ.

ROSAURA. ¡Mi pequeño heroísmo!

EMILIA. ¡Rosaura!

ROSAURA. *(A Jaime.)* Y usted fué el único que no dudó de mí...

JAIME. Porque estimaba a usted en cuanto vale..., a pesar de las apariencias...

ROSAURA. *(Por Eduardo.)* Y de los informes... Él en cambio creyó que podía ser verdad... Siempre ha pensado lo mismo de mí...

JAIME. Es que él siente algo más que estimación por usted... La estimación depende de creer o no creer en quien se estima; el amor..., esa es su tragedia..., aunque no crea..., ama...

ROSAURA. ¿Qué habla usted de amor? ¿Cree usted que Eduardo está enamorado de mí?... ¿Cree usted?...

JAIME. Yo no sé lo que creo... Él está más seguro y po-

drá decírselo a usted... Yo no soy más que un pobre médico; consultemos al amigo Vélez, que es hombre de mundo y sabe más de ésto... ¿Qué cree usted, amigo Vélez?...

VÉLEZ. Para mí el amor no tiene nunca sorpresas, porque en cuestiones de amor no me sorprende nada. Pero, la verdad, nunca creí que dos personas pudieran quererse sin saberlo...

JAIME. Sin querer saberlo, que no es lo mismo...

ROSAURA. Creerá, como yo, que un hombre de inteligencia y de corazón como usted, sólo con pasar a nuestro lado nos hace ser mejores... Sin usted, quizás ese amor se hubiera perdido.

VÉLEZ. Y ahora no me niegue usted lo que yo he sostenido siempre: qúe las muchachas del día son mejores de lo que parecen.

JAIME. Pero confiese usted que para el que no vea más allá de las apariencias...

VÉLEZ. Eso sí... Se complacen en hacer la virtud sospechosa... Es el mal de estos tiempos, en que todos prefieren parecer inteligentes a parecer buenos..., y hay que desengañarse: por la inteligencia rara vez nos ponemos de acuerdo...; por el corazón... nos entendemos siempre.

EMILIA. Sí, Rosaura, por el corazón... Y ya que la vida ha sido generosa contigo y te permite ser... como tú quieras ser, y tú no sabes lo que es eso en la vida, no disfraces nunca tus sentimientos..., y si eres buena, que nadie tenga nunca que sospechar de tu virtud, que todos tengan que creer...

FIN DE LA COMEDIA

NOTA. — Dada la extensión de esta comedia, a la discreción de las Compañías queda cortar de las escenas lo que mejor les parezca.

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.

Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.
Un par de botas, comedia en un acto y en prosa.
La otra honra, comedia en tres actos y en prosa.
La virtud sospechosa, comedia en tres actos y en prosa.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pesetas.